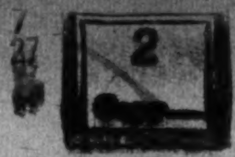


REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV — San José, Costa Rica — 1949 — Lunes 20 de Junio — No. 11

Año XXIX — No. 1086

Presencia y fervor del Maestro de América

Por *Manuel TORRE*

(En *El Nacional* de México, D. F.)

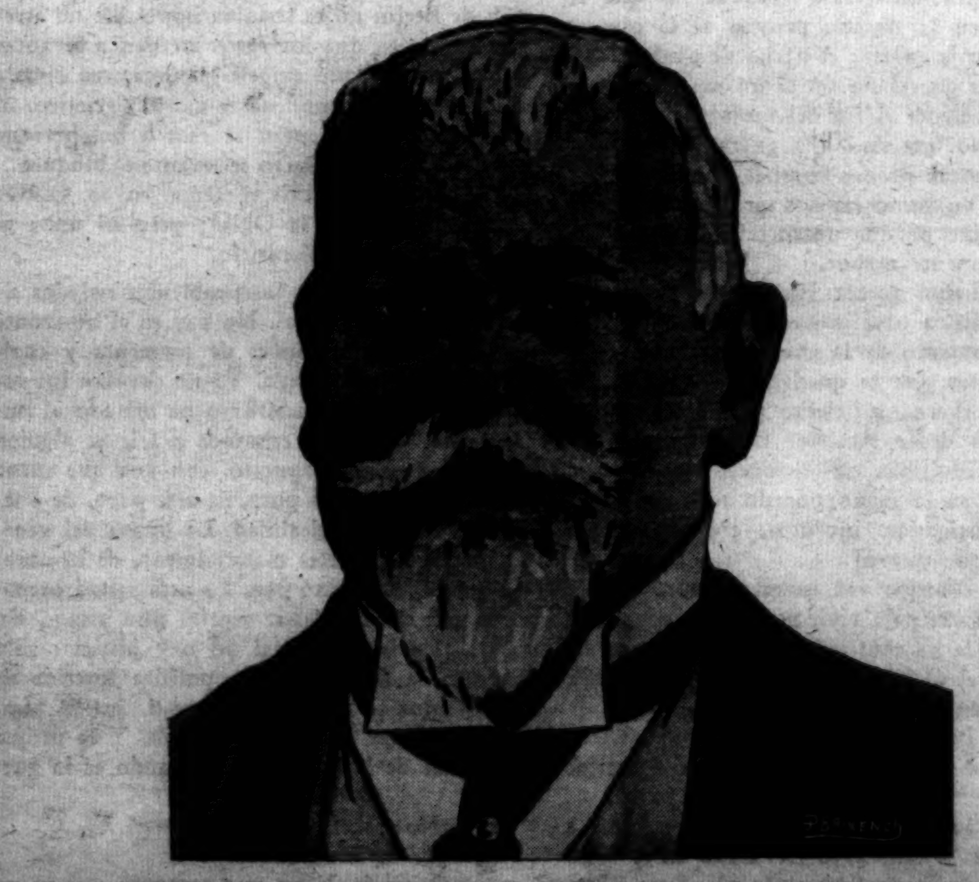
Campeche —la República entera— se viste de gala para honrar el centenario del natalicio de Justo Sierra. Ciudad prócer, patinada por los siglos, perla codiciada por piratas y fenicios europeos, heroica defensora de su integridad, a la que cupo el honor de ser cuna de este patricio civil, que al honrarla en su trayectoria, enaltece los ancestrales valores de la urbe de Montejo. Tierra de sangre y mar, baluarte y rito, en cuyo seno misterioso, el cenote de Xtucumbi-Xuman guarda aún el secreto de la doncella que ocultó para siempre una maldición de amor. Tierra en cuyo mago recinto se funden el laberinto de la caracola, el murmurio de la ola, el cielo de añil, y la roja pulpa vegetal que llevó en alas de la fama el sacro palo medicinal e industrial. Del hechizo de estas tierras tropicales mostró el maestro los más ricos matices de las flores, el más bello plumaje de los pájaros y la belleza sin par de sus mujeres. La "Playera" trasunta ritmo de mansa ola y cabrilleo de agua dormida, mar zafíreo de vico centelleo, yodo de litoral, lascas costeras, híspido gorjeo de los alcatraces y gaviotas.

Hombre breve, sobrio y noble, de soledad y de justicia, nombre mayúsculo que pronuncia hoy todo un continente con admiración y respeto. Su verbo fué acicate contra el muro falaz del fanatismo. Mensajero de una gesta liberal, en sus labios ardió la tea que sacudió la férula pigmea en pos de la justicia social. Creyó en México y fué su credo creencia y creación, luchando siempre en apostólico denuedo, sin claudicar jamás. Unidad, libertad, letras, justicia fueron los hitos de su gesta. Su escuela, crisol de juventudes, que abrió el paso a la falange revolucionaria, forjadora de la patria actual. Ingenuo y fuerte párvulo y gigante, su corazón desbordó siempre de ternura. El pueblo fué su constante estímulo y al pueblo fué su dádiva madura. Precursor de la lucha social, su rebeldía en los postreros fulgores de la dictadura porfiriana, fué una bandera liberal y una tea. Su verbo en los altibajeos de la vorágine, fué nuncio de patriotismo, sembradura y decálogo de ética cultural. Su nombre, como un eco redentor, llega al agro y de uno a otro mar es un són de profecía. Hambre y sed de justicia gritó en el aguafuerte de su admonición al político caduco, sumergido en una satrapía sin gloria. No hay otra religión que la justicia ni otro rey que el hombre, clamó en arenga viril, ante el colegio de togados, formulando el más noble credo de un hombre libre de prejuicios. Sus labios se llenaron siempre con la palabra ¡Libertad! como si presintiera la cruenta odisea futura de su patria, en la que el pueblo, sacudido hasta la raigambre, recobró lo suyo con el mayestático e inalienable derecho a vivir y ser el amo de la tierra.

La divina certeza de un minuto, fué para él el Amor. Hombre de acción y de dinámico pensamiento, esposo fiel, amante del hogar tradicional mexicano, sintió el amor como una coyunda melífica de por vida, sin los excesos de la aventura y del vicio. Así, aspiró a vivir intensamente lo que siendo eterno, aspira a la inmortalidad del pensamiento. Buscando a Dios en sus años juveniles, sumergido en aquella duda que constituyó el "mal del siglo", terminó por ser creyente y hallarlo. En su anhelo, pretendió penetrar en el Libro de los Sellos, aquel tremendo Apocalipsis del visionario Juan para ver a Dios a través de los símbolos más altos de la kábala. Y en su excursión por tierras europeas, la estación de Lourdes, fué para él una nueva revelación. No podía ocurrir otra cosa a un corazón ingenuo y sencillo. El contagio místico del éxtasis, penetró en su alma con ese extraño calofrío del misterio superior. Y sin poder contenerse, en la antesala del milagro, se postró para besar los pies de la carcomida estatua, que fué otrora escultura bellísima, repitiendo la parábola del monje Teotimo en Cesárea tan cara a Enrique Rodó.

Una oración tan grande como un mundo, fué su ex-libris filosófico. Oración universal, desprovista de ficción y estipendio de hierofantes, oración pagana y amorosa, capaz de cobijar bajo sus frases todo el desamparo del hombre. Francia le dió su frágil elegancia. D'Aurevilly y Nerval su estro sonoro. El padre Hugo el arrogante impulso. Así se plasmó en los espléndidos versos del maestro, una vigorosa resonancia, que describió cuadros románticos, episodios heroicos, interrogaciones al más allá, vibraciones tímidas de amor, discreteos versallescos. Más de una vez asomó en las pulidas y aladas estrofas de oro, aquella pícara marquesa Eulalia de Rubén Darío, cuyo frivolidad gustó de abates, poetas, cortesanos y enamorados, de gavotas y pavanas sentimentales, de pelucas empolvadas, guantes perfumados, rapé, casacas entorchadas y palacetes de mármol en jardines de ensueño. Amador de peñascos y de cimas, desde los años mozos en las rocas costaneras del Campeche natal, subió lógicamente al Himalaya del pensamiento con su metáfora cívica derramada como un acicate en la maga noche septembrina. "Noche en que el sol brilló..." La paradoja se deshojó en todas las almas como un joyel evocando el jocundo fruto del Padre, en el epicedio suntuoso.

El ansia viajera lo condujo a Yanquilandia. Y en ella vió a los hombres de la gran democracia separados por razas y prejuicios. A un lado los blancos y al otro los negros y mulatos. El alma evangélica del maestro se sintió desfallecida en la Babilonia de los rascacielos, como la de Jesús en Jerusalem al ver el templo usurpado por los negociantes fariseos. Y el maestro prefirió el hormiguero neoyorkino, el ludir de las cigarras nativas, trópico abajo, en el solar de los abuelos, desprovistas de codicia y ebrias de sol y música. El Arte antiguo en los museos de Roma, sacudió su alma con el fervor de lo inmortal, pero como el abate Froment en la obra de Zola, al contemplar desde el castillo de Santangelo, la urbe de las siete colinas la vió sucia y triste, socavada por la ambición, adormecida en el recuerdo.



Justo Sierra

El Escorial, símbolo hispano de tumba, gallardía, fanatismo y grandeza, fué para el maestro la última voz vital. El pudridero de los Austrias y Borbones, no bastó a redimirlo la opulencia de las naves, la riqueza de los archivos, la tétrica soledad de los recuerdos de Felipe II. Un frío mortal —el frío de los sepulcros— conturbó su cuerpo y su espíritu y apresuró su muerte. Murió como un hombre, honrando una vez más su nombre. Así fué su existencia un resumen de luz, voz, aliento, bondad, fe, vigor, poesía, dignidad, patriotismo, profecía, cimiento y perennidad.

En sus *Cuentos Románticos* la prosa lírica deja huellas profundas del influjo francés, estereotipadas con elegancia propia insuperable. La musa se acercó a las ruinas del Mayab para revivir en ellas todo el pasado glorioso. Se bañó en las playas campechanas, fingiendo fantasías maravillosas; buscó en el cielo el secreto de Dios; cantó los dones propincuos de los claros varones de Castilla y de América; evocó la melancólica partida de las golondrinas; dibujó siluetas bellas de mujer en abanicos y álbumes; y plasmó en verso castellano los más ricos trofeos del orfebre Heredia. Se adentró en lo fastos de la historia y extrajo del copioso material, la clara síntesis del destino humano interpretando los sucesos y los hombres, no por sus posturas políticas mudables, sino por la consistencia y perdurabilidad de sus obras. En la tribuna cameral universitaria o colegial, su verba florida, contundente, precisa, limpia de ripios y obscuridades de latiguillo, fué un ariete demoledor de imposturas y demagogias y un surco vivo y fecundo de doctrinas para el porvenir.

Tres monumentos dejó en su testamento cívico. La Universidad Nacional, como cimiento y edificio de un México grande, vivero de juventudes liberales y de universal cultura moderna. La Historia Universal y Patria cuyos lineamientos consistentes y rotundos, señalan el sentido futuro de la investigación. La carta que dirigió desde San Juan de Luz a su hija María Jesús, en la que se transparenta con sublime y simple grandeza el alma de un hombre completo, de todo un hombre, como aquel Abel Snchez de Unamuno. México le debe un dón de creador, un fruto de precursor. Las letras le deben un florón indiscutible de belleza y buen gusto. El corazón humano le es deudor de la confesión más sincera y profunda de que tenemos noticia.

Su muorte fué para Chocano de una serenidad socrática. Serena también como el vuelo de una ave fué la trayectoria de su vida para González Martínez. Trajo amor para los hombres y piedad para las cosas. Como en el verso de Hugo, su vuelo aquilino, eleva su figura sobre los cielos con ademán mayestático de sembrador. Y ante todo y sobre todo, *Maestro*. Esta palabra es lábaro y tributo del México que ofrenda a su memoria la diadema de laurel inmortal. En el dintel de nuestra historia, el nombre señero e impoluto se graba con estas siete letras que son el resumen de nuestra ejecutoria. *¡Maestro!* Este será ya para siempre tu título continental y absoluto.

EL PANORAMA DEL MUNDO

Las dos aceras

Por *Luis de* ZULUETA

(En *El Tiempo* de Bogotá. Octubre 29 del 48).

Este diálogo pudo oírse en cualquier lugar de la tierra, lo mismo en un café del sur que en un bar del norte. Se habrá repetido en tántos idiomas...! Dos hombres, esta vez un viejo y un mozo, conversan en una esquina del local, junto a la mesa, sobre la que hay dos vasos y una botella.

—Dejemos esta discusión, murmura el joven. Ya la botella está medio vacía...

—¡Ah! Inconscientemente acabas de delatar tu pesimismo, interrumpe el viejo. ¿No recuerdas la tan sabida definición? Un pesimista es el que dice: "Esta botella está medio vacía".

—Y si lo está... ¿lo niega el optimista?

—No. Pero el optimista es el que dice: "Esta botella está medio llena". ¡Y ya es mucho¡ Acuérdate también del consejo del poeta. No pidamos ánforas llenas a la vida. "Ya es mucho si contienen la mitad".

—Literatura. Amena literatura. Pero la realidad es lo que importa. Estábamos echando una mirada al panorama del mundo. No puede ser más sombrío. Sólo falta que estalle la guerra.

—No habrá guerra.

—Nadie duda ya hoy de que la habrá. Y en esta me tocará a mí.

—A mí me tocaron dos. En la primera guerra mundial me consolé con la promesa de que aquella sería la última de las guerras; en la segunda, con el anuncio de que tras ella surgiría un mundo nuevo.

—En la tercera no habrá consuelo. Ni la última guerra, ni un mundo nuevo. ¡La última!... ¿Has leído lo que dijo Einstein cuando le preguntaron qué armas se utilizarían en la tercera guerra universal? "No sé las que se utilizarán en la tercera, pero sí sé la que se empleará en la cuarta: el hacha de piedra". Sí. La próxima guerra no traerá un mundo nuevo sino simplemente el fin del mundo civilizado. Imagínate lo que será una guerra atómica en la que se lancen no dos bombas sino centenares de ellas, y no como las dos que cayeron sobre el Japón sino de una potencia destructora incomparablemente mayor.

—No habrá guerra. Piensa, en cambio, en lo que significa para la ciencia y para la vida el descubrimiento de la energía atómica. Ahí, en esas gotas que te quedan en el fondo del vaso, hay fuerza suficiente para llevar a un gran navío desde América hasta Europa. Y esa fuerza invisible, casi inconcebible, la tiene el hombre en la mano por un milagro de su genio investigador, inventor, creador. ¡Aquí está el mundo nuevo!

—No. Porque esa energía nuclear no le sirve al hombre para vivir mejor sino para peor morir. No le ha conferido ese poder divino de crear sino el diabólico de aniquilar. Ya verás, cuando venga la guerra.

—No habrá guerra.

—¡Qué terquedad! Te empeñas en cerrar los ojos.

—No los cierro. Lo que hago es mirar a la acera de la luz. ¿No has leído *El Ultimo Puritano*, de Jorge Santayana! En este libro, mezcla de autobiografía y de novela, de literatura y de meditación, su autor, ese viejo español norteamericanizado que creo vive ahora en un convento de Italia soñando a la vez con Boston, Massachusetts y con Avila de los Caballeros, nos habla de un personaje que observa filosóficamente en la calle, uno de cuyos lados está bañado por el sol, la acera de la luz y la acera de la sombra.

—¿Y tú pretendes ir, naturalmente, por la de la luz?

—¡Ay, hijo mío!... Lo triste es que yo voy por la de la sombra. Pero mirando siempre a la acera de la luz!

—Entonces no sabes dónde pones los pies. El golpe será tremendo. Pero no volvamos a la literatura y encárate de una vez con la realidad del mundo actual. Todas las personas informadas, enteradas, en Europa como en los Estados Unidos, en China como en Australia te dirán que la guerra viene, que está ahí, que se la ve, que se la palpa, que es inevitable, segura. Lo único insegura es la fecha. Observa lo que pasa en la ONU. Fracaso de todos los intentos de mediación; recrudecimiento de la discordia entre los rusos y los aliados; imposibilidad de acuerdo sobre ninguno de los problemas del mundo. Si en realidad ya el Oriente y el Occidente guerrean, guerrean en Grecia, y en China, y en Correa, y en todas partes! Y Berlín avitualIado por aire como una plaza sitiada? La capital de Alemania no es hoy una ciudad; son dos ciudades enemigas que entablan escaramuzas fronterizas en la plaza de Potsdam o en la Puerta de Brandenburgo. ¿Dónde está la acera de la luz?

—Frente a esa tuya, precisamente. Berlín está bloqueada; pero los occidentales no envían un convoy blindado a romper el cerco. Se aprovisiona por el aire; pero los soviéticos no han derribado un avión. ¿Que no hay acuerdo en nada? Sí. Hay acuerdo sobre el punto más importante. Ese acuerdo tácito de abstenerse, por uno y otro lado, de realizar la acción que efectivamente provocaría la guerra. Queda siempre un puente; verdad es que nadie lo cruza, pero no está roto. En la ONU hay cada día una batalla verbal; pero la disputa es una forma de diálogo. En la misma cuestión de Berlín no es todavía imposible un arreglo. Fíjate en que los rusos acceden a levantar el bloqueo aunque exigen que primero circule allí, como única moneda el marco soviético. Y los occidentales aceptan el marco bolchevique pero exigen que primero se levante el bloqueo... Estos quieren discutir el tema en la ONU; aquéllos, fuera de la ONU; pero ni unos ni otros se niegan a discutirlo.

Lo grave no son los problemas aislados sino el ambiente general. No hay en el horizonte mundial más que nubes de tormenta y cualquier día saltará el rayo. Ya no cuentan los valores morales. El mecanismo ha matado al humanismo. Hoy nos echamos a reír si alguien nos habla —por supuesto, con voz que suena a falso— de ciencia pura, de arte puro, de poesía, de amor, de idealidad. La mitad del género humano se muere materialmente de hambre; no quiere frases sino pan. La otra mitad prepara la guerra; no quiere teorías sino armas. En la política internacional no hay justicia; sólo importa la fuerza. En la política interior de los Estados se eclipsa la libertad; queda también la fuerza. Siempre la fuerza. Y la última expresión de la fuerza en el mundo es la guerra.

—¡No habrá guerra!

—¿Es tu estribillo?

—Es mi fe. Y no creo tampoco que ya no

interesen los valores morales. En la misma contienda pasada, en la resistencia subterránea contra el invasor, ¡qué cantidad de heroísmo! Y ahora, hasta en los países destruídos por la guerra, me consta que resurge la pasión por los problemas intelectuales, se pronuncian conferencias literarias en salas desmanteladas, hay reuniones filosóficas entre las ruinas, en unas hojas de mal papel se imprimen publicaciones en que apuntan las ideas nuevas. No lo dudes: estamos en vísperas de un renacimiento espiritual.

—Pues yo lo dudo. Pero, en fin, terminemos ya esta vana polémica. Vámonos a la calle. Te prometo caminar por la acera del sol.

—Por ella irás sin darte cuenta. La juventud, aunque no quiera, marcha siempre por la acera de la luz. Lleva tánto optimismo en el corazón que puede muy bien, sin arruinarse, permitirse el lujo de ser pesimista. En cambio, los viejos, si no guardáramos avaramente un poco de optimismo, no tendríamos nada.

—¿Nos vamos?

—Espera un poco. Queda tánto por decir!... Y todavía la botella —¿lo ves?— está medio llena...

ESTAMPAS DE GUATEMALA

Templos y Mercados

(En el *Rep. Amer.*)

En las reuniones sociales, en las oficinas públicas y en los despachos particulares, en los clubs y en las calles, por más que aparentemente las gentes se manifiestan con entera espontaneidad, las circunstancias que las rodean y los intereses que las mueven originan acciones o inhibiciones que no exteriorizan el pensar, el sentir o el querer de los individuos, y sólo corresponden a un querer colectivo que nos mueve a todos, como la ola del mar que arrestra en sí el diminuto cuerpo de la gota. Quizá como la gota en la ola, nuestra vida espiritual no sea más, en estas ocasiones, que un menudo fragmento de la vida colectiva. Aquí un saludo; allá la zalamera oferta del vendedor; más allá la disculpa que se ofrece al transeúnte con quien se topa uno en la acera; todo esto parece nacer a impulso de nuestro íntimo afecto, y las más de las veces no es otra cosa que expresión de un interés mezquino, o un simple acto habitual y por ende mecánico.

Pero hay dos lugares en donde el hombre, no obstante la concurrencia de sus prójimos, parece eludir, en parte al menos, las influencias exteriores, para proceder de una manera más espontánea, es decir, más acorde con sus propias urgencias espirituales: en el templo y en el mercado ese espíritu rompe las reatas con que lo sujeta el medio y, en la respectiva esfera de sentimientos, el hombre halla libre su espíritu que vuela o se arrastra según su particular menester. Alzado a cumbres de devoción en el templo; aferrado a intereses de lucro en el mercado, el hombre, sabio o ignorante, rico o pobre, joven o anciano, se siente dueño de sí mismo. Embebido en la súplica a la divinidad o en la contemplación de insondables misterios en la casa de Dios, o estimulado por la codicia o por el interés de alcanzar lo mejor por el menor precio, en el mercado, el hombre procede sin temores, ni respetos, ni vergüenza, ni otras inhibiciones, de manera que en uno u otro sitio, el alma, hasta donde esto es compatible con sus propias urgencias psíquicas, se desnuda, y libre de embarazos se siente señora de sí misma. Para observar, pues, a las gentes de un pueblo en sus actitudes sinceras, aquellas que definen y demarcan su personalidad, hay que contemplarlas en los templos o en los mercados.

En los templos y en los mercados, pues, hemos buscado a los hombres de esta raza vernácula de América, a los indígenas, para mirarlos allí a la luz de su propia espontaneidad que, tratándose de hombres que no han afinado su cultura, es ingenuidad. Lo admirable es que aquí, en templos y mercados, hemos visto surgir ante nuestra curiosa indagación, la nítida y bien definida personalidad de estos hombres, no obstante los cuatro siglos de opresión o represión que sobre ella ha impuesto el contacto con la civilización europea. El europeo: conquistador de los primeros días, colonizador de ayer, educador, o sacerdote, o periodista, o guía en cualquier forma, el europeo o americano europeizado, que es peor, se ha empeñado siempre en civilizar al auténtico hombre de América, y para eso ha pretendido transformar a este hombre de América, en vez de desenvolverlo, de cultivar sus aptitudes, de afinar su sensibilidad, pero manteniendo siempre incólume su espíritu, sin deformaciones, sin asimilaciones, en fin, en palabras justas, sin obligar a prevaricaciones o a la traición a la propia dignidad.

Aquí, en templos y mercados, está todavía el indio que, ¡lástima!, ha desaparecido de otros sitios. Se revela aquí el alma del indio, y se muestra plena y nítida. En la calle y en otras situaciones, la presencia del blanco aun ejerce su represión, y el indio, si habla su lengua lo hace en voz baja; en el mercado grita su idioma, lo destaca, como si en un altorrelieve fijara su pensar y su sentir y su querer; y en el templo, cuando el fervor lo liberta y lo fortalece, es su lengua la que oye Dios. Dios no lo oiría si le hablara en español. Pero no es sólo su idioma lo que hace que veamos al indio levantarse como personalidad; son también sus ritos: ritos en templo católico, que todavía tienen mucho de pase mágico y aun de danza ritual. No ha perdido, pues, el indio su propio modo de expresión, la originalidad de sus actitudes, a pesar de los cuatro siglos de influencias contrarias. El indio, hablando su lenguaje y apegado a sus ritos, cuando vive la vida plena y libre, aun entendiendo a su manera las prácticas religiosas no obstante ser sincero y convencido católico, yergue orgullosa su personalidad y la opone como un baluarte al afán de exterminio de su raza. Es decir, el indio ha aceptado elementos de la cultura que le llega del Este, pero ha conservado, no obstante los cuatro siglos de dominación, si fisonomía espiritual, esto es, su personalidad, la personalidad del hombre de su raza. Y allí está también viva esa personalidad en los tejidos y en los colores de sus ropas, y en sus terracotas, y en sus jardines, y en su música. ¡Lástima; lástima grande que ya la marimba se va trocando en la puerta de la deserción; acompañada de instrumentos exóticos ya no es la voz de la madera del bosque americano. Vuelvan los músicos de acá al camino de la reivindicación. Pero ésta es una excepción tan sólo, y no está consumado el desastre. La vida corriente nos dice que hay aún en el indígena americano, en este de Guatemala más que en otros, una personalidad aprovechable como cimiento robusto de la nueva construcción cultural de nuestra América.

Hernán ZAMORA ELIZONDO.

Guatemala, en marzo de 1949.

QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Preparación cívica contra integración cultural

(En el *Rep. Amer.*)

La Democracia tiene también sus lados flacos, principalmente donde se vé condicionada por las simientes finiseculares del autarquismo espiritual, con todo su bagaje de falacias conceptuales. Entre estas últimas, persiste aun la creencia de que la educación es buena de por sí: con su corolario de que la escuela es el cúralotodo por excelencia, de modo que multiplicando las escuelas se multiplica el bienestar de los habitantes del suelo. Pero no; ello será según y conforme la calidad de las escuelas, y de los maestros. Tómese para ejemplo las campañas de desanalfabetización corrientes hoy día en varios países. Hay partes en que mejor fuera darles a los ciudadanos pan: porque la fisiología es más importante que la dialéctica. O si no, por el otro extremo, la educación sobre economía política que se imparte donde impera la filosofía del materialismo histórico. A los preparatorianos se les asigna un catecismo, de preguntas intencionadas con sus respectivas respuestas categóricas, definitivas, incontrastables. En estos casos la escuela se le torna cadena al espíritu humano y la mente queda reducida a la condición de pizarra donde el "educacionista" escribe lo que la superioridad le ordena.

La falacia corriente en el ramo de pedagogía es como sigue: que la escuela, ya sea primaria, o de artes y oficios, o si se quiere universitaria, es una especie de pozo de ciencia a donde todos los escolares lleguen, a beber y apurar líquidos milagrosos de sabiduría práctica que los capaciten para levantarse por encima de los demás... La teoría, sin embargo, se contradice en cualquiera parte donde la democracia política sea un hecho más o menos tangible, cuando menos hasta el grado de hacer efectiva la "igualdad de oportunidad", como aquí en los Estados Unidos, donde una inmensa mayoría de los habitantes puede enviar a sus críos a la escuela pública.

Las escuelas, desde la primaria hasta la Universidad, apenas si son capaces de impartirle al estudiante una información menos que modesta en torno a los hechos de un Universo en costante estado de crecimiento. Todo individuo que ha pasado por las aulas no pasa de ser un sancochado, un *sabe a medias* que, ello no obstante, sale proclamando sus títulos de *sábelotodo*. Aun dentro de una disciplina específica, como la del Derecho, el abogado especializado en patentes no sabe ni jota de los trámites del abogado del ramo de divorcios, y viceversa. Un eminente jurisconsulto neuyorquino con treinta años de práctica en Wall Street nos dirá muy concienzudo: "Yo sé muy poco de Derecho; lo único que sé, y esto sí que lo sé, es donde ir a buscar la respuesta, donde ir a *estudiar* el problema. A cada paso surgen casos de los que el abogado no sabe nada: pero tiene a su alcance libros de consulta. A esto se reduce la pericia del jurisperito, y me supongo que en los demás oficios debe de ser igual..."

Por contraste con este ciudadano de la república de las letras, que se da cuenta de su falta de conciencia, habrá en la cautividad babilónica miles y miles de diplomados que en las aulas adquirieron un poquitín de información, una ilustración parcial, buena hasta donde alcanza; pero que no es suficiente para consagrar a quien la posee como persona ilustrada, ni aun culta; porque información no es cultura. Información es algo que se almacena en la mente, sin que con ella se beneficie necesariamente el espíritu.

Aquí se alcanza el fulcro de la palanca de la llamada "educación para la democracia". En democracia, como la de los Estados Unidos, la escuela tiende automática y espontáneamente a ponerse al servicio del Estado, sin necesidad de que el Estado ejerza violencia sobre los profesores ni se entremeta con los cursillos de la enseñanza. (Quizás que sea porque en la contemplación de los pedagogos se trata de un Estado bueno). De tal suerte, la función de la escuela es de preparación cívica más bien que de integración cultural. El deber de escuela semejante es de instruir a las juventudes en el arte del patriotismo; y la Patria se exalta automáticamente a nivel de Sumo Bien. La escuela es por tanto seminario y semillero de buenos ciudadanos.

El buen ciudadano, sin embargo, no representa un valor último, porque es valor parcial, de una sola de las muchas patrias que hay en el mundo; con la agravante de que la patria particular se ve contrapuesta, en el alma de los alumnos, a las demás patrias, que así le parecen defectuosas, o de segunda clase... Esto es lo de menos maleficio. Lo de uno mayor es que el "educado" va por esas calles de Dios exudando importancia y optimismo, así como quien trajese a la Vida de la gamarra, y luego haciéndole favor. El eminente contemporáneo Mr. Francis Parkman aseveró en ocasión memorable que "la educación parcial en este país (EE. UU.) hace que haya un número prodigioso de personas que creen, y persuaden a los demás a que lo crean también, que saben todo lo que se necesita saber, y que son competentes de toda competencia para formarse opiniones y echar discursso sobre todos los temas habidos y por haber. Estos individuos son, precisamente, los que más ruido meten en torno a las cuestiones del día, y los que tienen más público y admiradores. Y, como los tales se tienen y mantienen por espejos de perfección, a los que hay que imitar, el resultado es que se convierten en mal público de primera magnitud... El remedio consiste en inyectarle al sistema en desorden el sedativo de un conocimiento amplio y el tónico de una razón vigorosa...", etc., etc.

Claro que en llegando a las líneas anteriores ya estará el lector sabio y bien instruído trayendo a mientes los fárragos de tonterías elegantes que día a día se escuchan por la inalámbrica o se leen en las columnas de los diarios.

Alberto REMBAO.

Nueva York, julio de 1947.

"La Visionaria"

(En el *Rep. Amer.*)

...caminaba errante por el sendero escabroso... árido... solitario... a su vera, languidecían las plantas sedientas y las manchas rojizas, negruzcas, detenían los rayos solares; había huellas de sangre entre las zarzas... huellas de sangre que el pasado cansado había dejado —ahí, perennemente, huellas indelebles, trágicas, mudas...

Era el sendero escabroso que conducía a los sueños, a lo irreal, a lo intangible... De vez en cuando rompía la monotonía del paisaje, algún jirón de prenda femenina o un afán frustrado que se mecía en los cactus plañideramonte...

Era el sendero escabroso, difícil, inaccesible, a cuya entrada se detenían muchas figuras femeninas sin arrestos para emprenderlo. Era el devorador de mujeres... el destructor de los propósitos insinceros y de los afanes incompletos.

La sangre que tenía su tierra y sus espinas, eran prueba del paso de las soñadoras que habían muerto caminando. Muy adentro las huellas se perdían... ¡no había más! ¡no había sangre! ¡ni gemían los afanes derrumbados!... Apenas si se oía el eco de las voces entusiastas que llamaban en su delirio a aquéllos que venían a la retaguardia...

Su sueño era un símbolo... pero su exaltación constante ya no le permitía distinguir la fantasía de la realidad. Tenía la obsesión de la ruta, del camino... del ideal...

Cuando hablaba, la gente oía silenciosa y se dejaba llevar hasta su mundo de sueños. Hubo mujeres que creyeron en ella y la siguieron fanáticos... difundiendo sus ideas.

La "Visionaria" no moría... era eterna... con imágenes diferentes a través de los espacios. De ella no se tiene memoria... pero vive aún en la mente de los idealistas...

Voces... huellas de sangre... vidas sacrificadas... afanes en derrota mujeres caminando... mujeres... mujeres...

Era el sendero escabroso... impresionante. Nadie sabe hasta dónde iba. ¡Nadie podía contarlo! pero... era necesario seguir el camino... seguirlo hasta su fin... sentir las heridas de las zarzas y el eco de los afanes rotos... mirar hacia lo alto, hacia el frente, hacia los horizontes llenos de luz... hasta el mundo desconocido que prometió lo justo y lo *verdadero*, aquello que las almas femeninas sentían y necesitaban...

¡Qué largo era el sendero de las espinas! ¡qué largo y qué angustioso! Debía ser preciso sentir el llamado de su mundo de luz y de *igualdad*, para seguir por él, caminando... caminando hasta que la vida se extinguiese.

Atrás... los ojos de la "Visionaria" aun podían recoger imagen de las que llegaban hasta ahí, ansiosas de superarse, de redimirse... de ser, en todo y por todo... *mujeres completas*...

Carmen VILCHIS BAZ.

México, D. F. 1948.

Israel y México

Por el Lic. *Alfonso Francisco RAMIREZ*
(En el *Rep. Amer.*)

I

El resurgimiento de Israel a la vida jurídica internacional, en su calidad de nación libre y soberana, ha venido a presentar nuevas e insospechadas perspectivas en los dominios de la civilización y de la cultura; un intercambio de las magnificencias del genio hebreo, con lo más esplendoroso del espíritu de los demás pueblos.

Porque si bien es cierto que las facultades creadoras del judío en las ciencias y en las artes, en la filosofía y en la literatura, han irradiado siempre con sentido de universalidad, aun en las más sombrías horas de la diáspora, al florecer ahora en su clima adecuado, bajo su cielo ancestral y en un ambiente impregnado de tradiciones y recuerdos, habrán de dar frutos más sazonados y jugosos.

Y al ser ello así, podrán contribuir al progreso de la humanidad de modo más completo, poniendo a disposición de todos los pueblos sus más valiosas conquistas científicas, industriales y artísticas. Y a la vez, beneficiarse, con los descubrimientos, innovaciones y experiencias de las otras nacionalidades.

Un intercambio económico y cultural entre el Estado de Israel y los demás países, será altamente provechoso para todos. Cada uno tiene su propia fisonomía, características inconfundibles, usos y costumbres particulares, ideales singularmente amados. El conocimiento recíproco, contribuirá a enriquecer la experiencia y el acervo cultural de cada quien, ofreciéndole posibilidades y horizontes inéditos, o apenas entrevistos.

A esto habría que agregar el conocimiento directo de personas y de lugares. Nada contribuye a crear lazos de afecto y simpatía, cuando se procede con honestidad y alteza de miras, como un trato franco libre de prejuicios. Por eso estimamos necesario dar a conocer en México a los hombres que en la hora presente dirigen los destinos de Israel, sus tendencias sociales y políticas, sus realizaciones victoriosas. Y a la par, divulgar en el nuevo Estado palestinense el perfil de los representativos mexicanos, los principios que encarnan, la obra progresista que están realizando.

II

Una labor de difusión, seria y documentada, de lo que es México y de lo que es Israel, no puede menor de ser útil y fecunda.

Tenemos nosotros un rico y maravilloso pasado indígena, que todavía no ha sido estudiado, en todas sus manifestaciones: ahí están los templos suntuosos de Mitla y Monte Albán, las prodigiosas ruinas de Bonampak, las pirámides admirables, que concentran la atención de artistas y eruditos. Y los siglos de la Colonia, constelados de valores estupendos. Y las décadas de nuestra lucha insurgente, que constituyen un himno a la libertad. Y ya en los tiempos presentes, nuestro movimiento social que cristalizó en la Constitución vigente, y con especialidad en los artículos 27 y 123 que, por su contenido de humanidad y de justicia, fueron una revelación magnífica para el mundo entero.

Pues bien, nuestro pasado y nuestro presente, en muchos de sus aspectos, pueden servir de antecedente, de lección o de estímulo, y constituír material de estudio para el sabio, para el estadista y para el poeta.

Dar a conocer lo que somos en las tierras bíblicas, que asisten hoy por hoy a una renacimiento de cultura sin paralelo en la historia, lo juzgamos de conveniencia inaplazable.

III

Israel es un pueblo que ha dado a los hombres los más vívidos fulgores de moral y de belleza. Es grande en su remoto pasado, en las amarguras de su ostracismo, en los días actuales en que dibuja su silueta sobre el misterioso azul del porvenir.

Sobre el suelo en que descansan los huesos de sus antepasados, se ha erguido con gesto victorioso, en medio de la admiración de propios y extraños. Su juventud radiante, guiada por luchadores experimentados y por hábiles jefes, ha conquistado laureles inmarcesibles y plantado sus banderas en la patria de sus mayores.

Mas los triunfos de ahora no son producto del azar. Reconocen como base: ideales hondamente sentidos, una economía que es orgullo de la modernidad, un sentido social profundamente avanzado, una técnica notablemente evolucionada. Regiones ayer desérticas, son ahora verdaderos jardines; campos estériles, pomposas ciudades, llanuras sedientas, bosques floridos.

Esta nueva civilización, con hondas raíces en la más lejana antigüedad, debe ser ampliamente conocida y admirada. Es fuente de enseñanzas, manantial de energía, venero de optimismo.

México, atento a cuanto significa progreso y mejoramiento colectivo, recibirá con beneplácito las nuevas de Israel.

IV

Lo anteriormente esbozado, pone de relieve la conveniencia recíproca de un conocimiento mutuo, amplio y fiel, entre México e Israel; conocimiento que habrá de traducirse en beneficios económicos y espirituales para ambos pueblos.

Un intercambio de valores científicos, artísticos, comerciales es altamente recomendable. El conocimiento llevará a la comprensión, y la comprensión a la convivencia bajo el signo de la paz, del progreso y de la justicia.

Tertulia con Alvarez del Vayo

(En el *Rep. Amer.*)

El restaurante San Remo se halla en la calle McDougall, a unas tres cuadras de Washington Square. Está situado en lo profundo de Greenwich Village, donde se codean el millonario antojadizo y el pintor hambriento, la mujerzuela en busca de su presa y el bibliógrafo que urga en las librerías de viejo, el volumen preciado. Cuando se va caminando —en una de esas noches frías y ventosas— se mete uno en la primera tienda que topa en el camino, y con el pretexto de buscar algo se queda para calentarse. ¡Y de pronto da con la obra que buscaba! Pero San Remo tiene poco de distinción. Aquí se reunen hasta bien entrada la noche, gentes de la ciudad y forasteros; el escultor con el arete en la oreja y la camisa roja, y la dama con armiño. Y cuando el camarero pasa, soslaya a propósito una de las mesas donde una pareja muy melosa, entibia el ambiente. En San Remo hay buen vino y buena comida, y hay atmósfera; pero es algo frío...

Aquí nos reunimos Arturo Morales, Decano de la Facultad de Historia de la Universidad de Puerto Rico, y yo. Aguardábamos a Julio Alvarez del Vayo, para una cita a las nueve de la noche. Habían pasado las diez, y criticábamos Arturo y yo, con acerbo, a gentes que falsamente habían ocupado posiciones de importancia en la vida intelectual hispanoamericana. Concedimos —¡y de qué manera! — que en nuestras tierras necesitábamos más rigor en la investigación y en el estudio; que no sólo la brillantez esplendente de los jóvenes prometedores era suficiente para crear obra duradera. Era imprescindible —acordamos— la labor constante, algunas veces monótona y desesperante, para que todos los desvelos resultasen producto de permanencia.

Ya el hombre del arete en la oreja y la camisa roja se había marchado. Le reemplazó un lampiño empeñado en dejarse crecer una barba. Le mirábamos de hito en hito. Del otro lado del salón nos venían las disonancias de un radio a toda voz. Y los vasos de vino iban y venían en las bandejas de los garzones presurosos...

Por la vidriera vimos llegar a Alvarez del Vayo. Envuelto en una bufanda carmelita, el sombrero bien encapotado, entró. Nos dijo que una llamada de larga distancia lo había dilatado. Pedimos vino para nosotros, y agua para el ex-Ministro de Estado de España. Se restregó las manos. Sentimos frío y cambiamos de mesa dos veces, hasta que encontramos la apropiada para nuestras conversaciones. Nos quedamos en una lateral, cubierta por una bambalina que casi nos tapaba la cabeza. Así estábamos bien.

Era sabido que queríamos hablar de España. Y Alvarez del Vayo, incansable guerrero, optimista irreductible, nos afirmó que aunque la situación era difícil y enrevesada, él "veía para España una solución única: el restablecimiento de la República". Claro está que en 1945, cuando en la Conferencia de San Francisco se organizó a las Naciones Unidas, Franco tenía pocas esperanzas ya de permanecer en el poder. Por cierto, nos dice, que ya entonces el dictador de España había organizado las cosas de tal manera que esperaba salir del país en un momento dado. "Quien hubiese sugerido en 1945 que Franco permanecería en el poder, se le hubiera considerado iluso. Pero ya ven ustedes, cuatro años han pasado..."

Encendimos cigarrillos. Una humareda, y preguntamos: ¿Qué ocasionó ese súbito cambio en el asentimiento general y en el estado de cosas en España? Pues eso —dice del Vayo— fué de origen externo, de potencias que temieron un cambio repentino en la política

española. "Claro está que cada momento que pasa se hace más difícil la solución de la cosa española, de modos tranquilos. Se van acumulando odios, venganzas, hambre... Son muchos los años de sufrimiento y de ansiedad". Hablaba con excitación, aunque con voz queda, de manera que la cantaleta que nos venía de afuera se confundía con sus aseveraciones.

"Yo me encontré con los españoles en Africa, Italia y Francia —dije— y todos estaban esperanzados en su próxima vuelta a España. Aguardaban el final de la guerra europea. Los vi peleando valientemente en suelo francés; lo hacían por Francia y por España".

Del Vayo escuchaba inclinado sobre la mesa. Nos dice. "No pierdo la esperanza en el pueblo español; ¿acaso no estuvieron los mexicanos sujetos a treinta años de tiranía bajo Porfirio Díaz? ¿Qué ha acontecido después? El renacimiento de la vida mexicana. Eso espero de España. Llevamos ya diez años —que van siendo muchos— pero no considero que la cosa está perdida".

¿Qué posibilidades de restablecimiento de la República ve usted? —preguntó Morales. "Esa es la única solución. Quienes digan que el caos predominará en España porque la República se restablezca, no saben lo que hablan. Mucho de lo que acontecerá en España depende de las naciones de afuera: de los Estados Unidos y de Inglaterra".

Hubo un instante de pausa. Volvimos a encender otros cigarrillos. "¿Y qué hay de las diferencias entre los republicanos españoles en el exilio, señor del Vayo?" Nos responde prontamente: "Mire usted, en Italia se celebró una reunión de algunos diputados españoles. Allí los había de todas las denominaciones políticas; pero era una la idea: primero el regreso a España, después de una manera apropiada, la solución de los problemas nuestros. Pero lo importante es que allí, entre todos, no había una nota discordante. Lo que queríamos y estábamos en completo acuerdo era en el pronto retorno a España".

Nos trajeron vino seco rojo. Alvarez del Vayo nos incitaba a que tomáramos: "Por las noches soy abstemio" —nos declara. Y prosiguió: "Son diez años duros los que hemos pasado. Mucha de nuestra gente ha muerto; otros se han adaptado al destierro y viven bien. Hay quienes están muertos en vida: Fernando de los Ríos, por ejemplo. Don Fernando está mal, muy mal..."

Y de España pasamos a hablar de los laboristas británicos, de Bevin y de Laski, de quienes es amigo personal del Vayo. Y nos encomió a Cripps por su aguzada mente. Y de Francia nos habló esperanzadamente y del Pacto del Atlántico... bueno, de aquello estaba escribiendo un artículo para *The Nation*. "Los rusos temen más al Pacto del Atlántico que al Plan Marshall. Ven en él el establecimiento en forma jurídica de una cosa que existía sin haber llegado a tomar forma legal". "¿Y qué peligros hay de un nuevo conflicto, don Julio?" Se ajustó las gafas y respondió "Cuando Truman fué reelecto hubo una gran esperanza en todo el mundo. Eso se sintió en Europa claramente. Pero paulatinamente las cosas han ido declinando... Claro que la situación no es tan tensa como en la primavera pasada, pero no es muy halagüeña tampoco..."

Era ya cerca de la una de la mañana. La pareja embelesada todavía estaba en su rincón; habían llegado nuevos comensales. "En Hispanoamérica la situación da mucho que pensar... Deseo que se restablezca un gobierno democrático en Perú y en Venezuela.. y en las otras naciones... ¡Hay que hacerlo!"

El San Remo ya iba quedando vacío. La frialdad aumentaba y decidimos marcharnos. Las ráfagas heladas apresuraron nuestra despedida en la calle. "Salúdeme a don Fernando Ortiz", me dijo ya retirándose.

Morales y yo rumiamos en el "subway" lo que había sido atisbos de una tertulia madrileña...

Roberto ESQUENAZI MAYO.

(Desde Nueva York, Marzo de 1949).

Las modas masculinas

Por *Pedro* BEROES

(En *El Nacional* de Caracas. Octubre 19 del 48).

Muchos y muy variados comentarios —severos y circunspectos unos, ligeros y superficiales otros— se han hecho desde las columnas de la prensa diaria a propósito del progresivo retorno de las faldas largas.

Algunos comentaristas consideran el extemporáneo regreso de esa moda como la expresión viva y patente de un estado de conciencia social incompatible con los humanos imperativos de la hora presente. Otros, y éstos son los más, apenas se lamentan porque con ella quedará cancelada, al menos durante el tiempo que dure la moda, la posibilidad de contemplar más o menos impunemente el magnífico espectáculo de las bellas y bien torneadas piernas femeninas que emergen a la manera de las columnas de los antiguos templos, de entre los vaporosos vuelos de la falda corta.

Pocos, sin embargo, se han detenido a considerar el secreto significado de las extravagantes modas masculinas de hoy. Cierto es, y bien cierto, que el traje no hace al monje. Pero, a pesar de todo, no podrá negarse que algo de la íntima personalidad del monje revela el traje. Si el bisabuelo de alguno de nuestros petimetres criollos volviera a la vida por obra de magia o de encantamiento, y reparara en los pantalones anchos arriba y estrechos abajo y en los enormes sacos que ahora viste su descendiente, seguramente volvería a morir de indignación. Cuando menos imaginaría haber regresado en época de carnaval.

Las modas masculinas al uso muestran, lo mismo que las de ayer, nuestra absoluta falta de originalidad. Hoy imitamos indiscriminadamente, los modelos que nos vienen de Nueva York, como ayer imitamos, también indiscriminadamente, los que nos llegaban de Londres o de París. Alguna diferencia hay —sin embargo— en el fenómeno imitativo de hoy. Las modas imitadas de Londres o de París eran ciertamente extrañas, tan extrañas a nuestra mentalidad como las que hoy se importan de Nueva York. Pero, al menos aquellas tenían tradición de elegancia verdadera y estas de ahora carecen de toda tradición y de toda elegancia. El caballero vestido a la moda de Londres o de París iba bien vestido. El caballero que viste a la moda de Nueva York apenas va vestido. El buen gusto se ha sacrificado a la comodidad. Los colores extravagantes y chillones se prefieren ahora a los discretos o serios. El corte bien proporcionado ha desaparecido ante lo monstruoso e inverosímil. En el deseo de aparentar, el hombre moderno prefiere vestir de dos tonos sin reparar en las horas. Así se hace la ilusión de que sus guardarropa es muy extenso y variado.

Parece que los colores vivos como los que ahora se usan dan al hombre un aspecto exterior alegre. Lleva el hombre la procesión de su angustia por dentro y quiere aparentar alegría en la fachada. Pero, eso no pasa de ser una ingenuidad, o, a lo sumo, una tontería que tiene todas las características de una forma de evasión. Se siente incómodo, estrecho, en el mundo en que vive, tan lleno de contradicciones y de mezquindades de todos tipos, y entonces hace esfuerzos de imaginación para sentirse holgado siquiera sea dentro del traje que viste. El hombre siente toda su tragedia, pero no se atreve a confesársela porque tiene miedo de hacerlo. Si tuviera el valor de confesarse consigo mismo y de decirse toda la verdad de su vida real tendría que derribar de sus altares los viejos ídolos que hasta ahora

han constituído su esencial razón de ser. Como no es capaz de eso, se inventa subterfugios de todas clases. Entre esos subterfugios están a su sabor las modas. No hay diferencia alguna entre las modas filosóficas y las de sastrería. Cada una en su área propia tiende a darle al hombre la imagen de una felicidad y de una comodidad ficticias. En esto no han sido más afortunados los modernos filósofos que los sastres. Guardando a toda costa las proporciones, por ejemplo, el existencialismo es la ropa ancha y cómoda del pensamiento filosófico moderno que, para no enfrentarse a las realidades de la vida del hombre prefiere eludirlas. A una filosofía como la existencialista, la filosofía por excelencia de la evasión y de la comodidad, no podía corresponder otra moda masculina de vestir que esta de ahora, inventada para darle al hombre la sensación de que está alegre y holgado dentro del traje que viste, ya que no se siente igualmente alegre, cómodo y holgado en un mundo que, poco a poco, ha llegado a ser su más irreductible y mortal enemigo.

Son 6 sonetos

(En el *Rep. Amer.*)

PAISAJE

Color intenso de alfalfa verde;
cruza el azul una nube inquieta
mientras la brisa mece, coqueta,
las esmeraldas que el viento pierde.

Brinca una liebre veloz. Un tero
llena el espacio con su matraca;
desde algún árbol chilla una urraca
mientras trabaja firme un hornero.

Sobre un alambre su serenata
dulce y alegre dice un jilguero,
y una lechuza la desbarata.

Bajo los rayos de un sol a plomo
triste y mimoso muge un ternero
mientras la madre le peina el lomo.

CIUDADANO

Pasa altanero, tieso y vanidoso,
tan pagado de sí, tan indolente,
que parece el hombre más pudiente
convertido en un déspota orgulloso.

Lleva su paso largo y majestuoso,
su peinado magnífico y luciente,
usa un traje moderno y excelente
que remarca su porte aparatoso.

Yo pensaba entre triste y dolorido:
qué fortuna tendrá que ni un cumplido
le dedica al que llora su miseria.

Y silencié mi verbo maldiciente,
hasta que un día lo encontré, obediente,
despachando patatas en la feria.

DESEO

Cada mortal idéase algo raro
para mostrar su gusto diferente,
que aquello que se copia de la gente
parécele cumplido con descaro.

Como en cuestión de gustos no hay reparo,
no arriesgo en estas cosas: soy prudente,
y busco con mi verso un cielo claro
para alumbrar mi senda eternamente.

Que el sol me inspire con su lumbre pura,
que haga factible y grata la tarea
de saturar la vida de ternura.

Que surjan versos diáfanos, divinos,
que se haga sol y cielo cada idea,
y llenaré de luces los caminos.

PARASITO

Un pañuelo sobado en vez de cuello,
un muestrario de manchas por chaqueta,
y unas ondas que marca una peineta
sobre el brillo forzado del cabello.

Un desgano en los ojos y un destello
de quién sabe qué página secreta,
y una leve sonrisa dulce, inquieta,
disimúlale el drama con su sello.

Es un suspiro perfumado en rosa,
la tarea, sentado, le molesta;
el trabajo, parado, lo lastima.

Le interesa un comino de la fama,
y prefiere, al halago de una fiesta,
la suprema delicia de una cama.

ARANDO

Presa la mancera de la astuta mano
pone encima el hombre su afán y su celo,
y hunde la cuchilla, resuelto y ufano,
como si buscara consagrar su anhelo.

Se clava en la entraña del oscuro suelo,
ruge bajo el peso del esfuerzo humano,
y salta en terrones que bendice el cielo
la tierra preciosa que fecunda el grano.

Y el hombre persiste: hiende, rompe, avanza
de cara al pampero. Así, diligente,
colma, recio y firme, toda su esperanza.

Desparrama luego la rica semilla.
...Un mundo de vida flota en el ambiente
y un halo de triunfo luce en la cuchilla.

AMOR

Es un suspiro perfumado de rosa,
un airecillo imperceptible y leve
que alguna vez, sintiéndose de nieve,
atormentó mi vida silenciosa.

Es un vapor sutil de azul relieve,
feliz vecino en la pupila hermosa,
que alguna vez fingióse mariposa
y me tornó la gloria dulce y breve.

Es una mezcla de ilusión y cielo,
espuma de agua clara sorprendida
en instantáneo y luminoso vuelo.

Así, fragante, transparente, blando,
es el amor de la que está en mi vida
mis sueños y esperanzas derrochando.

Manuel CASAIS.

Buenos Aires, 1948.

3 poemas sin título

(En el *Rep. Amer.*)

1

Por mi ventana entró una hoja caduca,
dos horas delante del sol.
Era pequeña. Era amarilla.
Se vino desde el limón.

Menos mal que no cerré la ventana,
ocho horas delante.

Estos viajes infantiles
no se ven con las puertas cerradas.

Entró la hoja caduca
y siguió su camino.

2

Mañana voy a pintar un ciprés
sobre un cielo rosa deliciosamente trastornado.

Tengo la risueña evidencia
de que irán mis amigos para regocijarse.

—A las diez en punto te espero, pincel.

Qué sano misterio. Todavía no es mañana
y en mi cerebro se viste el ciprés
de glassé negro y verde moaré.
Las alegres notas alivio
—en el instante del recibí impagado—
son manchas rosas como el cielo.

Mañana pinto un ciprés
sobre un cielo rosa.

3

Te juro por la vida
no saber lo que pido,
en las horas de sueños
quiero ser campesino,
labrador de los llanos,
sembrador de los riscos,

Detén, madre, mi voz,
que no sé lo que pido.

M. GUTIERREZ de la FUENTE.

Sevilla, España, 1948.

UN CREYON CUBANO

Enrique Labrador Ruiz, viajero de la angustia

Por *Vicente GERBASI*

(Envío de *E. L. R.*, en La Habana).

Enrique Labrador Ruiz colecciona el ensueño en Reina 108. Para este escritor La Habana abre un viejo abanico de colores cerca del lento y fabuloso Barrio Chino. En su biblioteca las horas se detienen en estatuillas de marfil, en barrocos y relucientes objetos de porcelana, en agresivas máscaras de Oriente.

En su casa Pablo Neruda ha apresado en un gordo frasco la cromática magia del mar. La anémona marina y la retorcida caracola nacarada; la convulsa rama de coral y el vidrio ultravioleta pacientemente gastada por las olas; el alga de frágil verde y la porosa piedra estrellada; la esponja, la geografía del abismo y el reflejo del alba en el agua.

Enrique Labrador Ruiz vive en una biblioteca-museo, en medio de una decoración cuidadosamente realizada como para que en ella pueda habitar la soledad y dialogar en la penumbra con esa misteriosa pianista con rostro y vestimenta de monja, de novia y de muerte, que el gran pintor Fidelio Ponce ha colgado entre los libros y las pipas de Enrique.

—Todo coleccionista es un descentrado — me decía hace poco este inmejorable amigo cubano, mientras paseábamos por el ancho malecón de La Habana, de esta Habana tan parecida en algo a Nápoles, de esta Habana que el mar toma por la cintura, mientras ella toca una joven guitarra sensual.

Tambor, tamboril, tamborilero de Africa y América. Són en la brisa del sur, en la palmera, en la bahía de la noche iluminada, en la mañana que sostiene lentas gaviotas en el aire de los grises edificios. Aquí la piedra antigua y la flor de los jardines; la áspera muralla hispánica y el flamboyán equinoccial; las calles con sombrillas; las muchachas con ligeros trajes que recuerdan tiempos helénicos; los galgos que van a lamer los arrecifes de coral.

En un español muy francesamente pronunciado, el hierético poeta negro de Haití, Roussan Camille, nos dice cuando de pronto se aparece en silencio a esta ciudad:

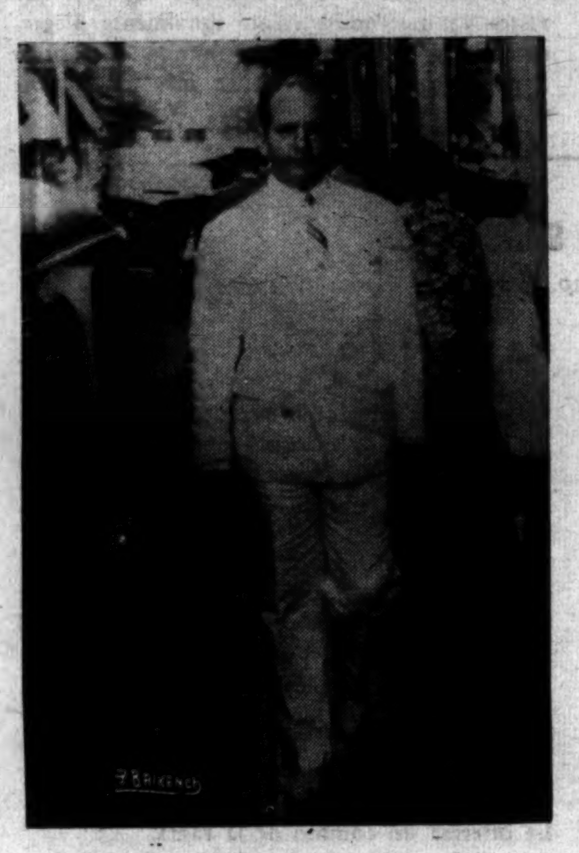
—¡Qué Havana! ¡Queeeee... Havana! Es la ciudad donde uno siente más sed, porque siente sed de ella misma.

Enrique Labrador Ruiz prefiere a La Habana de noche, ruidosa e iluminada, con anchos bares hasta en la puerta del cementerio, con barcos que pasan como grandes ataúdes rodeados de cirios entre montañas de carbón relucientes bajo las estrellas, y acordeones de marineros. Prefiere a La Habana de noche, porque el día es para su biblioteca, para sus novelas *gaseiformes* y sus cuentos *neblinosos*.

—Entre mis libros en la penumbra de mi biblioteca, yo soy el gobernador del mundo — nos dice— así como tú eres el jefe civil de una nube, según Andrés Eloy Blanco.

Y en verdad su biblioteca-museo es un mundo, un maravilloso mundo. De México, de los Estados Unidos, de Colombia, de todos los países que ha visitado, se ha traído las más raras y antiguas ediciones, los más subyugantes títulos. Hay en su biblioteca toda una serie de libros sobre el mar. Es gran amigo del profesor Beeb, el hombre que en su *batisfera* ha descendido a la noche imperturbable del océano, a los silenciosos abismos, allí donde descansan los barcos hundidos, los esqueletos de los monstruos marinos; donde los ahogados han construído sus negras ciudades iluminadas por raudas constelaciones de peces fosforescentes.

Enrique Labrador Ruiz guarda la poesía de todos los tiempos en volúmenes empastados a manera de sabrosas tablas de chocolate. En lujosos estantes de madera labrada, están la filosofía, el ensayo, la novela, el cuento, los alucinantes libros de viajes.



Labrador Ruiz en una calle de **La Habana. 1939.**

—La vida del hombre es un extraordinario viaje. Cuando no se puede viajar en barco o en avión, hay que hacerlo en la lectura. Pero viajar, viajar, siempre viajar, caer de pronto en lejanas ciudades, cruzar comarcas salvajes, llegar a parajes que antes sólo han existido en nuestros sueños.

Unos cuantos libros de cabecera están en un mueble giratorio: Dostoiewsky, Balzac, Poe, Kafka, Melville. Claro, es "Moby Dick", *la ballena blanca*, la anónima aventura de los océanos, las soturnas tempestades ululantes entre las flotantes montañas de hielo, las tranquilas noches de los mares tropicales que impulsan lejanas músicas de estrellas, la muerte tendida en las aguas, con brazos y cabellos y los ojos vueltos hacia las nubes y el lento vuelo de las aves migratorias.

Sí, este es el mundo de Enrique. Le hubiera gustado pescar ballenas, o andar por las nieves del Gran Lama, o buscar la muerte como la buscó Gauguin. Por eso cuando no viaja está entre sus libros, como la bestia herida se refugia en su cueva.

Su dramática nostalgia de viajes le ha permitido darle extraña forma a su existencia. No es un tipo monástico, pero sí le gusta encerrarse para vivir imaginando, recordando, reconstruyendo días. Le gusta tener ante sus ojos las cosas que ha recogido en sus viajes. Cuelga de las paredes armas de guerrilleros, sombreros charros, idolillos, animales disecados, pipas, retratos.

Este escritor no usa espejos. Prefiere mirarse en las numerosas caricaturas que tiene en su cuarto. Sabe que las furias de los días nos podrían reducir a nuestra propia caricatura. Los espejos nos muestran, apaciblemente, lo que somos; las caricaturas, violentamente, lo que podríamos llegar a ser.

En la azotea de su apartamento, en medio de techos habaneros, Enrique hace, al levantarse, media hora de ejercicios con un par de muletas, mientras lo miran asombrados dos pequeños morrocoyes que hace poco le mandó en avión desde Ciudad Bolívar, Venezuela, el Profesor Sifontes, un venezolano que se conoce la vida íntima del Orinoco.

Entre cajas de tabaco, revólveres, pistolas, objetos de bronce realizados por el genial Rebajes, uno de los dueños espirituales de New York, está su ya prediluviana máquina de escribir, de la que han salido sus raras *novelas gaseiformes* y sus cuentos de demoníaco dinamismo. Actualmente Enrique Labrador Ruiz escribe la angustiante biografía de un maniquí. Encontró a su personaje ya muerto, descolorido y con un brazo desgarrado, en un oscuro rincón de una sastrería bananera.

Enrique escribe en una penumbra presidida por los grandes pintores contemporáneos de Cuba: Amelia Peláez, Fidelio Ponce, René Portocarrero, Carlos Enríquez, Cundo Bermúdez, Felipe Orlando, Luis Martínez Pedro, Mario Carreño, Jorge Arche, Víctor Manuel. Para estos extraordinarios creadores, color y movimiento son una sola cosa. Ponce logra, inclusive, el dramatismo del color.

Para Enrique Labrador Ruiz la literatura es vida: movimiento y color.

Por eso, como hombre y como escritor prefiere por sobre todas las cosas el viaje. En el viaje se unen la realidad y el sueño. En ellos la imaginación se hace realidad, y la vida, regida por el misterioso destino, se enriquece de maravillosas experiencias.

Vive inventando viajes. Hace poco fué a Nueva York con el único y fantástico objeto de ver la más grande nevada que le ha tocado en suerte a aquella urbe. Días después fué a Venezuela. El Orinoco le sorprendió de tal modo, que al verlo se lanzó a sus turbulentas aguas. En la Guayana, allá, donde según la leyenda, se esconde El Dorado, quiso visitar "las mansiones verdes". Anduvo por la ruta de Marcos Vargas, el personaje de Rómulo Gallegos, y en los parajes más sombríos de la selva oyó el grito lúgubre de la araña-mona, la voz de Canaima, el demonio de los indios.

En la Gran Sabana, una alta meseta venezolana, que cercada por caprichosas convulsiones geológicas, se extiende hasta la frontera del Brasil, se hizo amigo de los caciques indígenas, quienes en una bulliciosa fiesta nocturna, iluminada con fógatas, le ofrecieron típicos presentes que ahora guarda en su apartamento entre otros recuerdos de lejanas geografías.

Es amigo del pseudónimo, pero nunca ha usado ninguno porque sabe que su nombre posee la calidad rebuscada de los pseudónimos. Muchos de los que se cambian el nombre lo hacen porque con el propio no podrían ir a ninguna parte. En su libro "Papel de Fumar" que subtitula *Cenizas de Conversación*, nos recuerda que Boccacio se llama Giovanin di

La organización del desorden

(Es un editorial de *La Vanguardia*. Buenos Aires. Febrero 1º de 1949).

Es rasgo sobresaliente de los regímenes totalitarios que ni crisis de gobierno ni de decencia consiguen sacudirlos, en tanto que las inmoralidades administrativas y las luchas intestinas del poder comprometen la estabilidad de cualquier gobierno democrático. Es que en aquellos regímenes el país todo está enfermo; lo de abajo, lo de arriba y lo intermedio padecen el mal. En la democracia la libertad asegura un lugar o sector de reserva para las horas de recambio. En el totalitarismo la crisis de decencia gubernamental y hasta el grave fracaso económico, dejan insensible al pueblo, cuya desgastada emoción mide la hondura del doloroso padecimiento.

Así se explica nuestra hora argentina, que se nos presenta con turbiedad de confusión y enredo y galimatías de caos. El gobierno está en crisis; se ha desprendido de su columna fuerte o mago de las finanzas, sin explicar motivos ni apuntar rumbos. Arrojó al canasto de los limones exprimidos a dos eminentes prohombres, autores en comandita de la "reforma económica" del "movimiento". Los nuevos limones exprimidos no han quedado, sin embargo, exentos de jugo.

Por el matadero oficial de los sacrificios ha pasado toda clase de figuras; el régimen tiene sed de sangre partidaria. Ya no están en las alturas los autores de la Revolución, ni los ministros de la primera, segunda y tercera hora del gobierno de facto. En el olvido yace el otro montañés, el cóndor andino que parecía ser uno con el sobreviviente. ¿Extrañará que si fueron sacrificados los autores de la revolución y los entregadores del "triunfo" electoral de 1946 sean igualmente arrojados los fautores del plan inflacionista quinquenal, industrialista, expoliador de los agrarios?

El regalón del Presidente ha sido expelido; pero puede reaparecer con alguna mención honorífica, alguna medalla y un ejemplar del sable corvo. Cuando un coronel, secretario de industria y comercio, preparó una conspiración contra Perón, en tiempos de Farrel, Miranda fué de los confabulados. Representó a la industria y el comercio en las denuncias de los graves males producidos por Perón; integró la gran comitiva y el pequeño comité que presentó quejas coordinadas con el coronel Baisi, quien muy pronto sería eliminado violentamente. Después, Miranda trabajó con Perón y por Perón; y con Maroglio y Lagomarsino, según confesó en un discurso, planeó la gran reforma económica sin la cual nada vale la reforma verbal... Ahora, medita en la costa uruguaya sobre lo transitorio de la gloria mundana.

Deja al país arruinado en sus finanzas y con una economía caótica. Empapeló al país, dilapidó el oro, enriqueció a los amigos, explotó a los agrarios, denigró a los extranjeros, suprimió la ley y la moralidad en el gobierno, desarticuló la producción, arruinó el transporte, manejó miles de millones de pesos sin control, no estimuló la construcción de viviendas, de escuelas, de caminos, de obras perdurables de paz. Habló un lenguaje procaz y cínico y se dirigió a naciones extranjeras como lo haría el tesorero de una banda. No construyó casas a menos de 100 pesos el metro cuadrado de superficie cubierta que nos prometiera; por el contrario, la edificación —la gran industria nacional— no puede construir sino a 600 ó 700 pesos el metro cuadrado. Pero el Sr. Dictador sale con su fortuna crecida fuera de los límites aceptables por normales en un hombre dedicado a la industria.



Hombre prevenido

Por *Tristán*.

Don Miguel.—Yo "me las pico" antes de que reviente el globo...!

(*La Vanguardia*. Bs. As.)

La producción en todas sus manifestaciones padece trabas y sufre persecuciones. Los agrarios, industriales y comerciantes saben hasta dónde ha llegado el desorden, el caos y la indisciplina. Los servicios públicos están derruídos; los ferrocarriles se hallan amenazados de sucumbir en manos de la impericia técnica y en la práctica de su administración es como la de un gran partido político donde se ensayan los peores vicios y favoritismos de la política criolla. Correos y Telecomunicaciones sufren las consecuencias del caos: atraso e inseguridad en los servicios, desaparición, por robo, de la correspondencia; violación de la correspondencia, espionaje de las comunicaciones epistolares. Falta de agua en la ciudad de Buenos Aires y en el Gran Buenos Aires. Las calles de la capital jamás han visto tanta basura acumulada en el pavimento.

Alguien quiso producir el caos para ser luego su piloto obligado. ¡Ha logrado lo que se propuso! Jamás caos igual, desorden y confusión semejantes han creado tanto sentimiento de inseguridad en la parte más consciente de la población. El país ha sido sacado de quicio. Todos fueron arrancados de su órbita; todos giran excéntricamente, demoníacamente, sin conciencia del peligro. El nihilismo gobernante ha desquiciado todo, y la gula venal aparece tanto en el humilde concejo municipal como en las antesalas de la presidencia.

Económica y políticamente parecemos un país depredado. Faltan manos abstinentes en el gobierno de la cosa pública.

Junto con el desorden se dibuja la clandestinidad: ¿Qué ha pasado en la dirección económica? No se ha dicho la verdad, pero algo grave debe haber sucedido. Lo mejor es considerar —como lo ha hecho nuestro colega *El Socialista*— que el gobierno tiene conciencia del fracaso de la política económica seguida hasta ahora. ¿Por qué se van Maroglio y Miranda? ¿Cosas de inter-vivos...?

Y mientras el caos sigue su obra de disgregación, la Convención constituyente nos da la triste impresión que reflejamos en otro lugar. Será sancionada la Constitución ya impresa según denunció hace poco la mesa del C. E. del Partido Socialista.

¿No cambiará de rumbos el gobierno? No lo creemos. Todo hace pensar que seguirá en su tarea de embrollar cosas y mentes. Ya habla de sabotaje, y culpa a los trabajadores de la situación económica. Es que seguirá su derrotero totalitario, sustancia y fin de su poder.

El gobierno buscó el caos y lo produjo. Puede presentarse a justo título como el supremo organizador del desorden.

¿Cómo reaccionar ante tanto mal? Sólo provomiendo las fuerzas de la creación ordenada y pacífica y de la convivencia fecunda.

Certaldo, buen nombre para un mercader florentino; que Stendhal era Enrique Beyle; que el diabólico Lautreamont era Isidro Ducasse; que André Maurois es Emille Herzog; que el verdadero nombre de Apollinaire era Kostrowisky.

Me imagino que los que adoptan un pseudónimo comienzan a vivir, desde el momento en que abandonan el nombre con el cual se han visto crecer, una vida pirandelliana, un dramático desdoblamiento. Enrique no quiere ser, ya pasados los cuarenta años, un *Difunto Matías Pascal*.

Por lo aquí descrito a tan rápidas pinceladas, diríase que la vida de este artista ha venido transcurriendo en un teatral desorden. Pero nada menos cierto, que su vida está regida por un maravilloso orden espiritual y creador. Lo que hay en él es angustia, lucha por alcanzar la conquista de sí mismo. Es una vida personal, propia, cuyas diarias experiencias, cuyo arduo desenvolvimiento, cuyo difícil rumbo, son intransferibles. La propia vida, con su secreto imperio, con todo lo que tiene de dolor y de alegría, es la única propiedad sagrada. Pero hay que saber ser dueño de ella. Hasta los momentos más tremendos y oscuros de nuestros días, hasta esas horas en que nos hemos visto caer en húmedos rincones negros, en medio de los harapos de la pobreza, propia o ajena; en que nuestros ojos han estado fijos en los muertos; en que la más desolada tristeza nos lleva por turbias alamedas crepusculares, son solamente nuestros, profundamente nuestros, definitivamente nuestros.

Enrique Labrador Ruiz anda en busca de sí mismo y de su propia muerte. Ese afán de viajes, de ver el mundo, de verse en el mundo, rodeado por las cosas de aquí y de allá, de añorar lo lejano y alcanzarlo y luego buscar lo que de nuevo está distante, es para él una dolorosa tarea que cumple para ver su vida, y para dejar en sus novelas y cuentos un testimonio de que él, como hombre, ha existido. Este escritor que se siente esperado por la muerte, que siente la angustia que la muerte nos impone, quiere llegar a ella ofreciéndole una existencia plena, creadora.

Lobo Lasso de la Vega: Poeta de Hernán Cortés

(En el *Rep. Amer.*)

Carecemos de investigaciones de consistencia sobre Gabriel Lobo Lasso de la Vega —el hombre, su personalidad literaria. Parcialmente algo se ha escrito sobre nuestro autor (1); cumulativamente, nada en absoluto. De intento directo, serio, sólo llega a nosotros la contribución de don Miguel Artigas: *Lobo Lasso de la Vega*, en *Revista Crítica Hispanoamericana* (Año III, 1917, t. III, Nº 4, pp. 157-166). Agrúpanse en este artículo, notas, en grado limitado, apuntes aditivos y aprovechables para quien se proponga elaborar detenidamente sobre Lobo. A Lasso van hoy encaminados nuestros fines. Juzgamos de ingratitud literaria el que yazga postergado al olvido, quien fué, entre los cantores de las empresas cortesianas, el menos malo y el versificador de más talento, estéticamente muy superior a la pedestre e intolerable musa de Terrazas en su *Peregrino Indiano*, Escóiquiz y su pésima *México Conquistada*, o la gongorina *Hernandía* de Ruiz de León. Nos proponemos: conjuntar la poca documentación que sobre Lobo existe, selectivamente, en un todo inconcluso, puesto que supeditamos nuestros empeños a esclarecimientos de futuras investigaciones.

Hemos dado contra una insuficiencia extremada de pormenores deseables para formular la historia de nuestro autor, en manera, si no exacta, por lo menos comprensiva. Empero, hemos llegado a las siguientes conclusivas: Fecha de nacimiento — insegura; lugar — Madrid; prosapia — laberíntica, ya que los propios testimonios y los de sus contemporáneos poco fijan; medio de acción — un tanto satisfactorio en materia, y, aventuramos, de todo punto interesante por aquella queja suya que versa:

No con tan flaco y destemplado aliento
Podria explicar las noches congojoxas,
Los dias de asperisimo tormento
Que pase por mi mal y horas llorosas (2).
. . . . ;

confraternidad intelectual — túvola con Ercilla, con el doctor Alonso López, llamado El Pinciano, y posiblemente entran en tal círculo, Lope de Vega, Cervantes; abónale, además, el hecho de que su vida se dilatase paralelamente a la de otros ingenios de la segunda mitad de la centuria dieciséis; muerte, obra legada, impresas o inéditas — asunto muy enrevesado a causa de la torpeza y descuido de escribanos en su misión recordatoria (3). Necesariamente entra la interrogación: ¿Hubo en Madrid, entre las problemáticas cifras de 1553 a 1616 otros Lobo Lasso de la Vega? Todo, pues, hállase aún confuso, escaso. El tiempo, la fortuna, una lectura detenida de la producción literaria de este interesante personaje, tal vez nos ilustre de lleno. Hoy, sin embargo, caracterízale una complejidad que nos desorienta y extravía. Descontando dificultades poco menos que insuperables; tratando de hacer deducciones equitativas, nos aproximamos a este breve compendio de su vida: Tuvo Lasso una cultura general y versátil, aceptable desde el punto de vista de profundidad, con reservas. Nos apoyamos en Cervantes cuyo *Prólogo* a *Don Quijote* alude a falsos conocimientos que comúnmente extraían los autores, de cartillas, manuales, enciclopedias y compendios de tal guisa. Lasso, como otros muchos ingenios de su época, sin gran erudición, se interesó en el mundo clásico y trató de insertarlo a menudo en sus obras, valiéndose probablemente de compilaciones y colecciones de dichos y sentencias que andaban a la sazón muy en boga. Fué Lobo militar, entitulándose con un si es no es de complacencia "contino de SS. MM."; experto en negocios de Estado en calidad de procurador y de Fiscal; cultivador de los estudios históricos; romancerista en los géneros pastoril, histórico, amatorio y burlesco (4), panegirista de mérito, según La Barrera (5). Estos elogios han sido colocados por Salvá entre las raras antologías a fuer de un copioso número de poesías de Espinel, Zapata, Ercilla, Lope de Vega, el Brocense, etc. (Salvá, *Catálogo de una Biblioteca*, t. 1. Valencia, 1872). Dióse Lasso a conocer como poeta y dramaturgo (6), y aunque sus tragedias nunca fueron llevadas a la escena, que tengamos noticias, "informábalas un fuerte espíritu de originalidad". Suyo, pues, distingo de prolífico; suya, parte de la poligráfica idiosincrasia, un como polifacetismo, versatilidad, tan genuinamente de nuestros hombres de letras.

Ideas generales, en concatenación esquemática, deben reseñarse. Nos referimos a la Epica, necesario expediente para situar a nuestro hombre y su obra en un círculo de más ámbito. En este ramo nuestros valores literarios han sido medidos muy arbitrariamente. Acorde se levanta la nota de acerba censura; particularízanos lo cuantitativo; respecto a la cualidad, poco o nada tenemos. Niégasenos una obra de carácter concluyente, diferencial. Toda observación, por bien intencionada que sea, clama contra nuestra inferioridad. Dícenlo autoridades de enjundia, e historias y manuales hacen eco. Con estas fiscalizaciones viene el desprecio, tras el desdeño, aislamiento y olvido. Parcialmente, sí, logra salvarse tal que otra obra. Impónesele, sin embargo, severas restringencias, reparos, todo conforme al criterio de artífices de preceptos. Consecuencia: nuestra Epica ya no se lee; vive casi totalmente en artículos de bibliografía. En otros tiempos no faltaban ni poetas ni público aficionados al género. Hoy es distinto; mas, del arrinconamiento en que yace postergado, literatos, doctos y entendidos, se esfuerzan por sacarlo. Estos rastrean vericuetos en las construcciones mentales de tal o cual autor; asen puntos de relativa estabilidad; estudian comparativamente e interpretan su vida y ambiente; concrétanse a una obra con cariño. Así surgen nuevas orientaciones, luminosas, eficaces.

De mucho tiempo a esta parte, en aras de unos pocos ingenios de la antigüedad se sacrifica una gran porción de nuestros escritores. Por las pisadas de antaño se pretende encaminar a cuantos se significan dentro de los fastos de cualquier género literario. Rigor, por cierto injusto o merecido: depende. Argúyese que Homero, Virgilio o Ariosto, reflejaron un momento latente en sus respectivas historias. Si debe la musa épica recobrar su contenido, su forma, se difiere. En Religión, en Política, en Economía, etc., la renovación y el concepto filosófico han obrado cambios sorprendentes. Hoy, y ayer, la solidez de muchos cánones estéticos permanecen inalterables. Mantiénense éstos, severos, infranqueables, firmes en su continuismo determinista. Se presenta la medida, se da el patrón, el tipo ideal del arte sumo: cuanto no conforma y armoniza, carece de ingénita y desbordante trascendencia estética, espiritual. Arguméntase: se elevan estos cánones a una visión integral, definitiva de valores, mas, desde un punto de apoyo y perspectiva muy lejano. Este crisol, dictatario en todas sus fases, asimila únicamente fragmentos, aspectos unilaterales.

Juicios rotundos, definitivos, respecto a

Existe en él un devorador sufrimiento por la muerte física. Su obsesión son los ataúdes. Los lleva en la palabra, en los sueños, en sus relatos, y los ve bambolearse en los puertos cuando la mar se enluta entre reflejos de farolas.

Todo ser atormentado le tiene pavor a los ataúdes. El ataúd es el lecho eterno en que nos quedaremos acostados sin poder ver más las cosas de aquí; sin poder hablar, sin poder gritar. En él se pudrirán nuestros labios, nuestros ojos, nuestro sexo. Cuando esto suceda, es verdad, no tendremos conciencia de ello. Pero lo terrible es que ahora, cuando estamos vivos, sabemos que eso habrá de suceder.

¿Acaso es malsano hablar de esto? ¿Pero quién nos prohibe pensar en este horror? Lo importante es poder evadirse de tan espantosa verdad. Para lograrlo es necesario vivir lo más intensamente posible, como lo hace Enrique Labrador Ruiz, el perseguido por el ataúd. Por eso él anda por el mundo huyendo de crueles sombras, de tenaces fantasmas. En este azaroso deambular ha encontrado su vida. Ha visto su vida. Es testigo de su existencia, así como es testigo de su muerte. Esto le obliga a buscar, a lo largo de sus torbellinosos días, su propia libertad. La búsqueda de esa libertad lo lleva a la desesperación.

Algunos de sus personajes son abatidos brutalmente porque rehusan someterse al destino. Este es el tremendo problema de gran parte de la humanidad, especialmente de la humanidad de hoy. Nos estamos olvidando de esta expresión griega: "El destino conduce a quien consiente y arrastra a quien rehusa". Hay algo superior a nuestra voluntad a lo cual es menester someternos si queremos ser dueños de nosotros mismos.

Creo que existe un estrecho parentesco entre vocación y destino. Darle la espalda a la propia vocación es rehusar el destino para ser arrastrados por éste hasta el caos y hasta una muerte que no es propia.

Enrique Labrador Ruiz se ha hecho un solitario para poder cumplir con su irrevocable vocación de escritor, vocación que le impone el duro deber de ser "testigo", no sólo de su existencia, sino del mundo, de la humanidad.

(De *Cultura Venezolana*, Caracas.)

nuestra Epica, todavía hay que prorrogarlos Cuando se agote el registro de índices, de bibliotecas; con su historia ya patentemente fija, entonces, que se traduzcan con fidelidad nuestras impresiones; entonces, que se concrete una interpretación estética de valores en manera comunicativa, duradera, final. La *Mexicana*, obra capital de Lobo, no hace número entre "las que todos los críticos y coleccionistas han reputado como modelos de nuestra lengua" (7). No monta a veinte la colección de Rossell. A luz del catálogo que adjunta, el número es minúsculo. Indica también, que su lista fué hecha a base del registro "de algunas bibliotecas e índices": la Nacional, la de los señores Bohl de Faber, amén las de Agustín Durán, Fernández Guerra, Hartzenbush, y los hermanos Sancha. La indagatoria de repositorios, parécenos, no se ha agotado; el escrutinio, creemos, aún es incompleto; en punto escogitivo, confiésalo el mismo Rossell: "no atinando a dar gusto a nadie". Desde luego: la labor es hercúlea, temeraria, tal vez imposible de elucidar por entero. Rossell se escuda en la fuerza de las razones de Quintana. Este, de erudita competencia, de respetada autoridad, empero, "vacío de todo afecto reposado" según Menéndez y Pelayo (8). Paciencia extremada, predisposición a indecibles fatigas, constituyen las requisitorias esenciales para clasificar, enjuiciar, y comparar entre sí, las producciones de la épica española. La precipitación ofusca y pervierte. El ayo de Isabel II no testimonia haber dado exhauste a la lectura, ni asegura haber indagado *in toto* en cuantos poemas se circunscriben dentro del campo épico. Estudios introductorios, prologales, como los de Rossell; rápidos y candentes, como los de Quintana (9), pueden parangonarse con los que suministran otros que se han concretado a una sola personalidad equilibradamente. Veráse cuánto tienen que desear los juicios ligeros, equiparados con los que resultan de pausada investigación. Así, por señas, la obra de Van Horne sobre *El Bernardo* de Balbuena (10); la de Toribio Medina o Ducamin sobre *La Araucana* de Ercilla (11). Tras Quintana y Rossell cunde la repetición de juicios panorámicos, negativos. Nosotros, radicalmente, ni aceptamos, ni negamos nada. Quedamos en actitud plástica al calor de aquellos en quienes impera "el deseo de ocuparse de cuestiones hasta el día poco ventiladas; las diferentes escuelas en que se dividen los autores clásicos; la parte que le cupo a cada cual en el perfeccionamiento o decadencia de nuestras letras, la comparación entre ellos y los extranjeros; el mostrar cuánto fueron originales, quién y de quiénes fueron imitadores, y otros muchos asuntos (12), en que muy poco ha profundizado el concepto crítico, pero sobre los cuales se han desenvuelto ligeros enjuiciamientos y apreciaciones.

Hanse planteado y resuelto, incompletamente, muchas requisas: que fué nuestra épica artística la resultante de un proceso imitativo; que el sello de novedad impreso en nuestra poesía por los partidarios de la escuela italiana provenía desde los comienzos del siglo XVI; que ora conforme a la interpretación de Lucano con su *Farsalia* o *Guerras Civiles* predominó el historicismo contemporáneo como base afirmativa de la épica, o ya tras la pauta de Ariosto (13) se impuso la preponderancia de la fantasía en sus excelsos arrebatos, pero presentados en orden y forma esmerada, pulida; por último, que sobrevino un fusionamiento de estas dos escuelas y eclécticamente se asimilaron cuantos elementos fueron convenibles, y ensayados por los antiguos y los renacentistas.

LA OBRA

Lasso encauzó sus aptitudes mentales y dotes de poeta por las dos corrientes señaladas que eran de común adopción en su siglo. No pudo evadirlo como no lograron escaparlo multitud de nuestros principales poetas y sus émulos. Por lo tanto, para conformar más o menos con los cánones que prescribía el arte lucianesco, escribió su *Cortés Valeroso* (1588), cuyo neto distingo es la representación de los hechos como realmente acaecieron. Lobo, pues, preconizó la obra con la rutinaria y consabida fórmula:

Canto el furor de Marte sanguinoso,
Del gran Cortés los triunfos, las victorias,
La sujección del Bárbaro famoso,
Ganada con fatigas tan notorias:
Rebelión de un imperio poderoso,
Eroycos hechos, inmortales glorias;
Singulares hazañas y proezas,
Que eternizan de España las grandezas (14).

Luego elabora la explicación de su móvil con adendas del siguiente tenor, encaminadas a satisfacer las exigencias de Don Fernando y Don Martín, hijo y nieto, respectivamente, del Conquistador:

No os ofresco, señor, ajenos hechos,
No incognitas hazañas, ni invenciones,
No fingido valor de fuertes pechos,
No varia poesía, ni ficciones:
Ni salgo de los límites estrechos
De la verdad, do fundo mis razones (15).

Y así fué. Porque si se analizan y se comparan a conciencia, los Cantos del Iº al XII inclusive del *Cortés Valeroso*, con los primeros ochenta y cuatro capítulos de la *Historia de la Conquista de México*, veráse manifiestamente cuán fidedignamente conforma Lasso con el desenfadado correr de la pluma del capellán de Cortés (16).

¿Qué motivó, peroramos, el que en aquella magnísima empresa de exploración y conquista, distinguiéndose unos más, otros menos, sólo cupiera al de Medellín de Extremadura ser el agraciado por las musas del Parnaso? Esquivando toda tendencia a lo panegírico, por respuesta preguntarse ha, parezca o no trillado ¿quién de aquellos aguerridos argonautas desplegó los más altos talentos militares y políticos? ¿Quién la más suprema constancia en los peligros, y la más profunda sagacidad y compenetración para vencerlos? ¿Quién más ánimo extraordinario y firme entereza? ¿Quién más perspicacia estadística para aprovechar la abnegación de un puñado de hombres y ejecutar, tras enervantes privaciones, uno de los hechos más singulares e inmarcesibles que registran los anales de la Historia? El héroe y el asunto, de suyo elevados y grandiosos para sostenerse por sí solos, lejos de apremiar a ingenio alguno a sobrehumanos poéticos esfuerzos, coadyuvaban, convidando, a la reposada vendimia del numen. Vigorosa que fuera la personalidad del poeta; robusto y hercúleo el temple de su ingenio; prolíferos y sanos los recursos de su fantasía, contábase, para una resonante creación artística, con pasmosos e ilimitados materiales objetivos en el conjunto del mismo hecho histórico. Para la expresión de eventos tan conocidos en sus más íntimos detalles, restábanle al poeta dos alternativas, mantenencias que tenían su explicativa por imperar, en la conciencia y gusto estético generales, líneas y perfiles subordinados a las perentoriedades de la escuela histórica, y la fantástica. Una pecaría excesivamente de realista y prosaica, siguiendo servilmente los trámites puntuales de los hechos que se conmemoraban; en la otra el poeta veríase precisado a permutar, substituir, enjaezar en demasía, como también obligado a la variada interpelación de fingidos sucesos extrínsecos a la verdad histórica. Solución: Lasso rehizo su *Cortés Valeroso*, añadiendo en nueva materia cinco cantos escasos, adaptando su objetivo a una y otra escuela, con más eclecticismo, fingimiento, artificio, abundancia de episodios y digresiones.

Adviértense diferencias de índole general, no más, entre la primera obra indicada y la versión intitulada *Mexicana*, "mejorada con más cuidado y curiosidad" según aprobación del mismo Ercilla, y "diferente en la disposición como en lo que lleva añadido" como pro-

loga el Licenciado Ramírez (17). Cábenos afirmar que si en Lobo se obró un cambio de fines estéticos en el corto período que media entre una y otra obra; si aun los hijos de Cortés reprobaban la nueva manera en que se exponían los hechos del Conquistador según se evidencia por carta a Lasso donde se le amonesta "excusar todas poesías, pues la mezcla dellas suele dar menos opinión a la autoridad de la historia" (18), fué, o puede muy bien atribuírsele al cambio, a la transformación general de gusto artístico que se obraba en la Península tanto entre poetas como entre el público lector. A partir de 1549 hasta casi el terminar de la centuria, vagaban por España tres conocidísimas traducciones del *Orlando Furioso* de Ariosto, y sus consiguientes reediciones (19). Muy de lleno conocía y gustaba en su propia lengua el pueblo español esta obra capital donde se fusionaban aquella romántica y caballeresca literatura de los ciclos carolingio y bretón, con las libaciones extraídas de clásicos griegos y latinos. Continuar Lobo su segunda parte cual lo anunciaba, requería elaboración dentro de los mismos lineamientos comenzados y convergentes a hacer historia, labor de todo punto contraproducente al éxito. Ahora bien; según el Licenciado Ramírez "considerando la importancia que es, mayormente a los que escriben en metro, juntar lo dulce con lo provechoso, quiso tomar la licencia que se le concede al poeta para fingir" (20).

En el contar y hacer su relación, siguió Lasso en su *Cortés Valeroso*, la manera cuasi natural del tiempo: la histórica. Comenzó con claridad desde el principio, siguiendo ordenadamente los hechos hasta el fin, en este caso, la prisión de Moctezuma; y lo hacía al tenor del cronista, escribiendo las cosas como exactamente acaecieron —manera tenida de antiestética por los secuaces aristotélicos y demás preceptistas refractarios que no admitían la historia como sujeto de poesía. En la *Mexicana* la narración poética no comienza en consonancia con la acción histórica, mas, síguese el principio de *in media res*. Se inicia, se prosigue y se acaba la obra muy artifiosamente. En los episodios y digresiones, así como en las invenciones que nos descubre, Lasso se propone seguir la pauta del día cuando tales artificios amenizaban la lectura deleitando al lector. Verdad es que Lobo se vale de dichos subterfugios y máquina en el *Cortés Valeroso*, empero, hácelo comedidamente, mientras que en la *Mexicana* se menudean sin economía alguna toda clase de portentos y cosas admirables; se entreteje barrocamente el mitologismo de la antigüedad clásica con la utilización de creencias antirreformistas y católicas, todo excesivamente ajeno a la verdad histórica. En la obra se considera la historia el único dominio de la épica: un gran acontecimiento, y una personalidad, centro de aquel momento. Tal distingo, cuádrale al *Cortés Valeroso*. En la segunda, esto es, *Mexicana*, predomina la fantasía ariostesca y el patetismo clasicizante italiano. De manera que, a partir del primer canto, Cortés deja de ser el extremeño de carne y hueso, y como por ensalmo Lobo nos lo reviste de singular grandiosidad, propia más bien de los semidioses homéricos, luchando a brazo partido contra la saña de Plutón y demás huestes del Averno; desafiando la envidia airosa de Neptuno, los celos de Megera, o bien obrando sorprendentísimos milagros por consejo y dirigencia de la Virgen, como lo fué el vencimiento de fabulosísimo número de indígenas tras la repetida mediación de no otro que el ángel San Miguel en persona.

Parécenos que hubo no escaso período de incubación temática en el *Cortés Valeroso*. La motivación creativa de este poema urgiéronla las simpatías personales de Lobo hacia el héroe y la encomienda exprofesa por parte de los deudos de Cortés a que Lasso, tenido de reputado, buen poeta, cantase con fidelidad histórica los hechos de la Conquista. Sin embargo, en la elaboración de este poema Lobo no extremó sus esfuerzos a levantar un monumento meditado y sereno en grado sumo. La exterioridad artística de la obra acusa mengua de pausado pulimento. Hay no escaso número de estancias fuertemente salpimentadas con la obligada sutileza y extravagancias propias de la usanza culterana, aunque este decadentismo sobrevino en las letras españolas posteriormente a nuestro hombre. En el ordenamiento arquitectónico del conjunto, vense muy patentemente los lineamientos generales de una prosa natural y simple del jaez de nuestros primeros cronistas de Indias. Consciente Lasso de que su *Cortés Valeroso* necesitaba pulimento, elaboración, variedad, pasó a escribir dicha obra "a la moda". Si en la portada de la *Mexicana* se manifiesta que va enmendada y añadida, no es del todo exacto. Con enmiendas y ciertas amplificaciones, si cabe; pero estricta y comparativamente hablando, con muy poca adición de nueva materia; sólo parte del canto XI y de éste al canto XXV inclusive. El proceso de que se valió fué muy sencillo en cuanto al tema; más complejo y comendable por lo que corresponde a los espurgos y adornos: quitó octavas, suprimió versos aquí, adicionó otros más allá; menudeó los dichos sentenciosos, las premisas filosóficas, las alusiones políticas, las arengas; delineó a propia imagen suya la externa e interna catadura del protagonista; tergiversó el nudo con nueva invención, y como queda ya expuesto, introdujo potencias sobrenaturales, revistiendo la conquista de Hernán Cortés con un tinte de legendarios y maravilloso.

Consideraciones calológicas llevaron a Lobo al mejoramiento en el manejo del héroe y subalternos personajes. En la *Mexicana* vense éstos aliñados con más pompa, gravedad, y excelencias grandiosas tan convenibles a los personajes de la epopeya clásica. Otras mejoras que pueden también señalarse son las que tocan en puntos descriptivos, aunque en ambas obras hay que recriminarle a Lasso su ceguedad estética por no haber aprovechado, en todos sus matices, la Naturaleza americana. Considérese además, que ahora se eleva a los indígenas a muy dignos adversarios de Cortés para que así no resulte tan desigual la contienda de conquista. Aquí vese muy a las claras el buen acierto de Lobo al saber aprovechar la *Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de Nueva España* hecha por el Licenciado Ramírez ya aludido (21).

Respecto a las fuentes históricas de una y otra obra, *Cortés Valeros* y *Mexicana*, es peligroso afirmar, sin pruebas convincentes, que Lasso tuvo a su alcance, fuera de las *Cartas de Relación de Cortés* y la obra de Gómara, otros documentos. Empero, cabe la posibilidad puesto que en el *Cortés Valeroso* se hace referencia a "historias", "papeles curiosos" y "relaciones" que le ocasionaron no poco trabajo. Empero, lo más acertado es creer que Lobo usase de este subterfugio, como se acostumbraba, para así revestir su obra de tono más elevado y autoritativo. Siguiendo de cerca las dos fuentes indicadas, consiguió Lasso infundir en su poema una marcadísima fidelidad histórica.

plan bien definido, desarrollo coherente, una fábula con su protagonista, una emoción suprema. Lasso no inventó ninguno de los argumentos, ningún personaje. Tenemos, pues, que la facilidad de factura sobrepasa la potencia creadora; empero, el maleficio decrece si se considera que en este aprovechamiento servil impera un motivo trascendental: presentar a Cortés y a sus compañeros como instrumentos de un pueblo y de su fe, como símbolos de una cruzada, no de imperialismo, sino de evangelización.

Otra categoría imitativa que se destaca en Lobo concierne a la máquina, lo maravilloso cristiano, y pagano, los ornamentos de varia invención, y los detalles de construcción externa. Como ya observamos, poseyó Lasso conocimientos enciclopédicos y clásicos. He aquí por la cual Homero, Virgilio, Lucano, Ovidio, Claudiano, Dante, Ariosto y Camoens aparecen reproducidos en la *Mexicana*. Directamente fué a Virgilio, vía la traducción de la *Eneida* hecha por Velasco en 1577, para apropiarse de la forma y plan del primer libro de ésta. A veces llevó la imitación al plagio, aunque en grado insignificante. Emulando a Ercilla, y a través de él, vinieron aportaciones distintas, y características comunes en la épica castellana, a saber: digresiones morales en el encabezamiento como al correr de los cantos; advertencias de cansancio y promesa de continuación; digresiones en forma de historias patético-amorosas y de rescates; sobrevenidas imprevistas, naufragios, elementos fantasmagóricos, todo, encaminado a hacer más amena la lectura; el principio de *in media res;* discursos, arengas, invectivas, copiosas símiles y metáforas, hipérboles, alegorías, apariciones, agüeros, monstruos, vaticinios, genealogías, combates de cuerpo a cuerpo de un realismo carnicero, amazonas, descripciones de armaduras y vestimenta, catalogaciones, y ejercicios funerales.

Admítese generalmente que es harto difícil llegar a una perfecta concepción total de fondo y de forma. Por cuanto, muchas son las condiciones que necesariamente han de entrar en la validez de una obra literaria, podemos alegar en abono a la de Lasso, un sentido bien definido de unidad, substantividad, e integridad, aun cuando esta última cualidad está opacada por lo diverso, o dígase, episodios ajenos a la médula principal: así lo pedía el género y por lo tanto, hay que condonarlo. En este respecto reconocemos el atino y buen juicio de Lobo al presentar un asunto, bello de por sí, en un todo no tan desgarbadamente confuso cual lo hicieron otros poetas. Ercilla, reconocido por la posteridad crítica como el poeta de más talento entre nuestros cantores épicos, también rompió el hilo del discurso en su *Araucana* inmiscuyendo foráneos sucesos que menoscaban la perfecta unidad de su magistral poema. En Lasso los detalles van propiamente entrelazados, metódica y armónicamente relacionados, pues que por fortuna, halló un asunto con fisonomía muy perspi-

cua en los anales históricos. Manifestó también firmeza de intención y constancia de haber querido expresar predispuestamente una materia que sirviera a determinados intereses: 1º, el complacer a sus Mecenas; 2º, inspirar sentimientos elevados hacia un héroe muy céntrico en un grande período; héroe, encarnación de una colectividad, circunstancia que le relaciona imperecederamente con la historia patria. Otros dos motivos, parécenos, guiaron a Lasso en su tentativa: el entusiasmo que él mismo experimentaba por Cortés, y la confianza, a pesar de aquella advertencia suya: "si algo mis versos en un tiempo fueren", de que las generaciones sucesivas le relegarían a distinguido asiento en el Parnaso. Muy justa pretensión. Estacio, autor de la *Tebaida*; Lucano, creador de la *Farsalia*, expresaron sentimientos de idéntico tenor. Si como indicamos, la historia minimizó la importancia de originalidad en Lobo, puesto que el fondo esencial había sido combinado y desarrollado por el mismo Cortés, Gómara y otros, es decir, que los elementos de la *Mexicana* fueron expresamente seleccionados y juxtapuestos, Lasso debió haber recargado más lo imaginativo, las formas expresivas, mucho más atento a las innúmeras exigencias que éstas acarrean —claridad, corrección, naturalidad, riqueza rítmica, medida impecable, y además, hasta agotar su estro en conseguir para su obra un valor estético incontrovertible a diferencia del que ahora posee. Ya que el fondo es un solo momento en la creación artística, cúpole haber esperado que el asunto le escogiera de portavoz, como fué el caso de Homero, de Camoens, y aunque no épicos, el de Shakespeare y el de Goethe. He aquí precisamente donde entra la condición que muchos niegan a Lobo y demás poetas que ensayaron la épica artística: carencia de aptitud, de potencia máxima creadora; falta de especial disposición innata capaz de inducción súbita para expresar fácil y grandilocuentemente lo que se concebía.

Finalicemos: Poseyó Lasso un entendimiento y calibre artístico que bien podría clasificarse de *aurea mediocritas*, característica que por sí sola le divorcia de los mejores ingenios de la centuria dieciséis, pero que le distingue de, entre la caterva artística menos buena del mismo siglo. Fué flexible y ameno; de inferioridad relativa, y le aceptamos, con salvedades: sus defectos nacieron de cierta pobreza y no de exuberancia de cualidades brillantes.

Luis E. AVILES, Ph. D.
New Mexico Highlands University.
Las Vegas, New Mexico.
2-10-49.

(1) Señaladamente, pero circunscritos a categoría de escolios, no más: indicamos: Nicolás Antonio, *Biblioteca Hispano Nova*, Madrid, 1788, pp. 506-507; Cayetano Alberto de la Barrera, *Catálogo Bibliográfico del Teatro Antiguo Español*, Madrid, 1860, pp. 217-218; José Toribio Medina, *Viaje del Parnaso*, Santiago de Chile, 1925, vol. I, p. 215; *Idem*, *La Araucana*, Ilustraciones, Santiago de Chile, 1918.

(2) Véase, Lasso de la Vega, *Mexicana*, Madrid, 1599, Canto 9, Est. 13.

(3) Juzgamos por las síntesis y extractos de documentos que suministra Pérez Pastor en *Bibliografía Madrileña*, pt. 3, Madrid, 1907, pp. 403-407; *Memorias de la Real Academia Española*, t. 10, Madrid, 1910.

(4) Merecieron sus romances, cincuenta de ellos, "muy buenos", la atención de don Agustín Durán. Van recopilados en el *Romancero General*, en B. A. E., Vol. 10, Madrid, 1854; vol. 16, Madrid, 1851.

(5) Véase, Cayetano Alberto de la Barrera, *Op. Cit.*, p. 218. Aquí figura Lobo, por ende, en calidad de novelista.

(6) En conformidad con la tragedia de Lasso: *La Honra de Dido Restaurada*, procedió Ercilla en la elaboración de los Caps. 32 y 33 de su *Araucana*. Apuntólo Toribio Medina en su estudio monumental de la obra.

(7) Véase, Cayetano Rossell, *Poemas Epicos*, en B. A. E., vol. 17, Madrid, 1851; Vol. 29, Madrid, 1854.

(8) Véase, Menéndez y Pelayo, *Estudios de Crítica Literaria*, 3ª ed., Vol. 1, Madrid, 1927, p. 242.

(9) Véase, Manuel Quintana, *Sobre la poesía épica castellana*, en B. A. E., Vol. 19, Madrid, 1852, pp. 158-173.

(10) Véase, John Van Horne, *El Bernardo* de Balbuena, en University of Illinois Studies in Languages and Literature, Vol. XII, Urbana, 1927.

(11) Véase, J. T. Medina, *La Araucana* de Ercilla, ed. monumental del Centenario, 5 Vols. fol., Santiago 1910-17; Jean Ducamin, *L'Araucana*, Paris, 1900.

(12) Véase, Rossell, *Op. Cit.*, Vol. 17, p. VII.

(13) Véase, Antonio Portnoy, *Ariosto y su Influencia en la Literatura Española* (Ariosto y la poesía épica española, pp. 35-111), Buenos Aires, 1932.

(14) Véase, Gabriel Lobo Lasso de la Vega, *Cortés Valeroso*, Madrid, 1588, Canto 1º, Est. I.

(15) Véase, Lasso de la Vega, *Ibid*, Est. 4.

(16) Véase, Francisco López de Gómara, *La Conquista de México*, ed. de D. Joaquín Ramírez Cabañas, Editorial Robredo, t. I, México, 1943.

(17) Véase, Lobo Lasso de la Vega, *Mexicana*, Madrid, 1594.

(18) Véase, *Cortés Valeroso*, p. 3.

(19) Hacemos referencia a Urrea, 1549; Alcócer, 1550, y a Vázquez Contreras, 1585.

(20) Véase, *Mexicana*, Prólogo.

(21) Véase, *Mexicana* (adenda).

ANILLOS

IV

El mar y relojes de sol

Por *Eduardo JENKINS DOBLES*

(En el *Rep. Amer.*)

La noche es larga, angosta, quieta como un penetrante brazo de mar. Ya pronto amanece, sin embargo.

Aquí, en este retiro, que nada y nadie viola, yo, capitán de lo remoto, te he explorado. Desde lo físico a lo abstracto, de barlovento a sotavento, amada, te he explorado. Y he descubierto grandes maravillas, mus!os salinos, brújulas, farallones, voces que cambian de color como las aguas: azul, púrpura, gris; muelles desde donde las gaviotas vuelan en busca de peces y sabiduría y donde descansan, cuando la fatiga arrecia, de frente al viento...

Te he recorrido, a lo largo de esta noche y este brazo de mar, bajo las estrellas del silencio, graves y desnudas.

Y ahora me perteneces. Ahora te conozco, de ribera a ribera. No es necesario consumir una nueva hora, preparándose.

Todo grita y nos empuja a la aventura: la música que súbitamente acribilla los litorales; el viento, a punto de darle vuelta al mundo nuevamente; la nube se remonta, el albatros se cierne, el pez se aleja! Porque llega el instante de partir, es necesario hacerse a la mar abierta y afrontar la tormenta, el hielo y las espadas, la sed y los negreros; es necesario visitar amantes de otras tierras y celebrar con ellos la victoria de lo dulce, lo abundante, lo heroico; es necesario conocer la arquitectura de otros puertos, la fuerza de otras olas, la limpieza y frescura de otros aires, el diseño de otros firmamentos, la riqueza de otras sangres. Ah, la vida se prepara cuando se busca el compañero y el viaje se prepara; la vida empieza cuando el viaje empieza.

Tú y yo, separados del ancho mundo, somos materia inerte, inexistencia. Amada, tú y yo, tan orgulloso el uno del otro, tan ávidos de inmensidad, si no escapamos de este fiord inviolado, si nuestros brazos no se agitan y nuestra voz no comunica lo que sabe y no pregunta lo que ignora, tú y yo, amada, no seríamos electos ángeles cuando la muerte nos reclame. Angeles, marineros en el recuerdo, que los amantes de mañana han de evocar. Angeles, fantasmas legendarios que azuzan nuevos corazones.

Oh, quizás no lejos de la costa la muerte espera. En el mar, la muerte siempre es dulce y nunca mata, no importa donde o cuando ocurra. Lo importante es soñar y levar anclas. Soñar, por ejemplo, que en algún paraje, cuando la tempestad ruja, has de desnudarte, amada, y las olas violentas han de apaciguarse en la rompiente de tus pechos. O tal vez escribir un libro que los pescadores veneren, el peñasco escarpado de un poema y un archipiélago de acuarelas. Lo importante es soñar y enarbolar las velas.

Mas apresúrate. Ya la luz pone en movimiento los relojes de sol. La vida da vueltas y se gasta como el tiempo en los relojes de sol que la madrugada hace marchar. Y la flota de buques que espera a los amantes, siete mil amantes como tú y yo, sacude con sus sirenas la arena soñolienta e inaugura la vida, la travesía, disparando la salva de la madrugada, que estalla sobre el horizonte!

Univ. of. Fla., 1948.

Gobiernos de fuerza y Democracia

Por *Manuel SEOANE*

(De *El Tiempo* de Bogotá. Noviembre 29 del 48).

Manuel Seoane, el eminente intelectual peruano y una de las figuras políticas más destacadas de su patria, nos ha enviado desde Santiago de Chile, en donde se halla exilado, el artículo que publicamos a continuación:

El bamboleante proceso de la afirmación institucional de la América Latina está lleno de ejemplos aleccionadores, que han constituído sucesivas frustraciones de cuantos creyeron, simplistamente, que para curar las permanentes dolencias económicas y sociales, con sus cortejos de vacilaciones, disputas, errores y pérdidas de tiempo, basta el expeditivo método del gobierno por la fuerza.

Cualquiera esgrime un garrote y muele a palos al contrincante, pero, al hacerlo, destruye las bases civilizadas de la convivencia, y establece un precedente que a la corta o a la larga deja la situación a fojas una, y determina otro golpe de Estado de otro salvador igualmente equivocado. Así nuestros pueblos oscilan entre la dictadura y la anarquía, demorando la afirmación del único camino sensato: el progresivo perfeccionamiento de la democracia.

Sólo hay un título moral y legal para ejercer el mando en una sociedad culta: la voluntad ciudadana expresada en comicios electorales. Todos los pueblos de América Latina, juegan su propio destino en la medida en que contribuyen a solidificar o a debilitar este principio.

Por eso es evidente que el fácil reconocimiento de los gobiernos de facto, no sólo estimula su propagación, poniendo a nuestros países a merced de los asaltantes del poder, sino que desalienta las esperanzas del hombre común en la vigencia efectiva de las cuatro libertades y en los ideales que se le prometió durante la última guerra mundial.

Todos los tratados diplomáticos suscritos por los gobiernos de América Latina, tienden, en su espíritu, a cerrar el paso a los aventureros que asumen funciones de poder sin otro título que el de la fuerza, como si nuestros pueblos fueran primitivas sociedades a merced del más audaz. El Tratado Internacional de Asistencia Recíproca, suscrito en Río de Janeiro, establece que "la obligación de mutua ayuda y de común defensa de las repúblicas americanas, se halla especialmente ligada a sus ideales democráticos". Dicho de otra manera, sin ideales democráticos no cabe ni mutua ayuda, ni común defensa; vale decir que el Estado que no respeta ni practica los ideales democráticos, queda, de hecho, fuera de la comunidad. Más expreso aún resulta el texto del inciso D del artículo 5º de la Carta Constitucional de la Organización de los Estados Americanos que expresa que "los altos fines que con ella se persiguen, requieren la organización política de los mismos sobre la base del ejercicio efectivo de la democracia representativa". Allí donde se destruye el poder ejecutivo, se disuelve el parlamento, se coloca fuera de la ley a importantes sectores de la ciudadanía y se desconocen las garantías primarias de los Derechos Humanos con prisiones, confiscaciones, disolución de sociedades anónimas y otras tropelías semejantes, no hay "ejercicio efectivo de la democracia representativa".

Empero, se ha cometido el error de reconocer a gobiernos que han surgido por la fuerza, que ni siquiera piensan en consultar la opinión electoral de la ciudadanía, y que escarnecen los Derechos Humanos cuya Carta Universal acaba de aprobar la Organización de las Naciones Unidas.

Pretende justificarse aquel paso con lo dispuesto en la cláusula 35 de la Carta de Bogotá, que aconseja el reconocimiento automático. Junto con esta cláusula, aquel certamen aprobó la Carta Constitutiva, cuyo artículo 5º queda transcrito y que, de hecho, establece una limitación al reconocimiento, condicionándolo a la organización de cada Estado sobre "la base del ejercicio efectivo de la democracia representativa".

Gobierno que no convoca a elecciones, que no surge de elecciones democráticas, libres y correctas, no debe ser reconocido y debe quedar aislado de la comunidad americana.

¿Puede estimarse esta conducta como una intervención en la política interna? Hay normas básicas de conducta que no conciernen sólo a cada pueblo, sino que son patrimonio universal. ¿De qué serviría la Carta de los Derechos Humanos, la Carta de Organización de los Estados Americanos, y la defensa de la democracia, si se acepta, después, que cada país debe ser considerado como una isla amurallada en cuyo interior cualquier grupo de aventureros puede violar y escarnecer, aquellos derechos? Tal "no intervención" significa, precisamente al contrario, una intervención en favor de quienes cuentan con las armas frente a los pueblos desarmados. La "no intervención", reposa, justamente, en el respeto que merecen las autónomas democracias representativas, pero no puede constituir patente de corso en favor de quienes las destruyen, porque ello implicaría desmoronar las bases de la convivencia civilizada.

Otros alegan que en cada país existen suficientes problemas como para no preocuparse de los problemas ajenos. Pero la interdependencia mundial es tan estrecha que cuando los alemanes cruzaron la frontera de Polonia en 1939, empezó una cadena de hechos y consecuencias que, meses o años después, faltaba la gasolina en Chile o escaseaban los dólares en Colombia o no había automóviles en La Habana. Entre nuestros países, la interdependencia es más íntima aún, y la historia de las dictaduras militares revela que, frecuentemente, ellas han pretendido salir de sus dificultades internas suscitando conflictos internacionales.

Los males de los vecinos no son ni ajenos ni distantes. Y buena política es prever las enfermedades antes que curarlas. Por ende, cada pueblo tiene la obligación de hacer o no hacer todo aquello que contribuya a la afirmación democrática en América.

Tenía todo lo esencial

Es un fragmento del libro: *Vida de José Martí*

Hay que armonizar. Su conocimiento de la psicología cubana lo persuade —dirá de Martí, muchos años después, su compatriota Santovenia— de la necesidad de convertir en normas las reflexiones producidas en torno de la idea de que "sin fin fijo y viable sólo se echan a andar los ambiciosos, esos grandes criminales, y los locos". En un país abundante en gente de pensamiento es necesario enseñar que los intentos de renovación no son un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra intelectual detallada y previsora. "La educación cívica es base del progreso institucional. De la educación cívica tienen que ser espejo y ejemplo los rectores públicos mayormente en las democracias".

Una nación republicana —apuntaba Martí— "no puede vivir sin el perfecto conocimiento de sus instituciones; los que han de conducir un día por prósperos caminos a la patria deben educarse vigorosamente, fortalecerse en la conciencia de sí propios, templarse al fuego vivo del derecho, ley de paz de los pueblos libres, en la progresión sucesiva de las leyes de los pueblos de la tierra".

Para regir a los demás es necesario capacidad y responsabilidad. Capacidad y responsabilidad "integran la norma martiana para el estadista".

Lo primero "la dignidad plena del hombre". Sin esa dignidad ni hay hombres ni hay pueblos que valga la pena contar. Y la dignidad plena está en la libertad, porque *la libertad es la religión definitiva*".

Otras bases constitucionales va elaborando su mente, como preparándose para la organización de la patria. Entre ellas: extinción del pasado nocivo; preparación del hombre para la vida por medio de la educación; supremacía de la justicia, porque sólo se salva y perdura lo justo: "Es inútil querer esquivar los deberes de la equidad".

Cuando está maduro para la cosecha, dirá a los cubanos palabras para siempre, que nos alcanzan a todos. Por ejemplo, éstas: "Lo que en el militar es virtud, en el gobernante es defecto. Un pueblo no es campo de batalla. En la guerra, mandar es echar abajo; en la paz, echar arriba. No se sabe de ningún edificio construído sobre bayonetas".

Tiene razón Santovenia: "Los principios constitucionales de Martí son la médula de su obra de fundador. La expresión de sus meditaciones ya anticipa la naturaleza de su extraordinaria capacidad de ordenador de instituciones de Derecho Público. Su concepto de la vida lo mantiene casi siempre tan atento al hecho como a la idea. Detrás de cada idea suya acerca de la manera de gobernar la existencia de los hombres y pueblos se halla una fórmula enderezada a contemplar un hecho colectivo y satisfacer sus exigencias".

En este libro de Santovenia donde se subrayan las palabras del maestro "porque están dichas con ánimo de sanear la condición humana", coincidimos en la apreciación inicial sobre Jesús cuando dice que el nacimiento de Martí fué en cuna que era apenas poco más que el pesebre donde nació el espíritu limpio y piadoso, porque para entender bien a Jesús hay que venir así al mundo, cuanto más

pobre y humilde, mejor. Sin eso resulta mucho más difícil, y a veces imposible, comprender a Jesús que fué el "conocedor de la escasez de amor, el florecimiento de la codicia y la victoria del odio".

Martí, nacido así, en humildad y pobreza que no va a abandonar jamás, pues a él no le crece el alma en el yerbal, con conducta recta y hermosura de "ideas y procederes", alcanzará el lugar preferente en las páginas históricas de su patria.

Con sus aptitudes, con sus facultades, con su esencia de Apóstol, le aparece el don divino del canto, que es el que lo complementa. Martí poeta es ya el hombre que servirá a todo su pueblo para lección ejemplar de su vida. Lo tiene todo: humildad, pobreza, amor, bondad, cultura, espíritu de sacrificio y estrofas.

B. GONZALEZ ARRILI.

Buenos Aires, 1945.

Reconocimiento de Gobiernos de facto

Es un editorial de *La Nación* de Buenos Aires.

El gobierno de los Estados Unidos ha reconocido a las juntas militares existentes en las repúblicas de Venezuela y El Salvador, como consecuencias de insurrecciones que suprimieron a las autoridades constitucionales. Ese reconocimiento ha de ser seguido, presumiblemente, por el de casi todos los gobiernos americanos, sólo nueve de los cuales mantienen, basta ahora, sus relaciones diplomáticas normales con el de Venezuela. Instalóse éste el 24 de noviembre pasado, después de derrocar de la presidencia a Rómulo Gallegos, uno de los hombres más eminentes de América. De entonces aquí se han sucedido consultas entre las cancillerías continentales, iniciadas por el Departamento de Estado de Washington a fines de diciembre, para conocer los puntos de vista de las otras repúblicas.

Esa actitud de cautelosa reserva contrastó con la que los Estados Unidos habían adoptado cuando se produjo el golpe militar del Perú, cuyos usufructuarios fueron reconocidos sin tardanza. Para explicar esta conducta, se recordó en esos días la resolución número 35 del Acta Final de Bogotá, según la cual "es conveniente la continuación de las relaciones diplomáticas entre los Estados americanos", pues su establecimiento o mantenimiento con un gobierno "no significa una opinión con respecto a la política interna de ese gobierno". Interpretada rígidamente, esa cláusula importaría un compromiso de reconocimiento automático de todos los gobiernos de facto, y así parecen entenderlo algunos de los jefes de misión que concurrieron a Bogotá. Las actitudes serían adoptadas aisladamente por las cancillerías, quedando excluído el procedimiento de consulta previa, que constituye uno de los resortes esenciales de la nueva política interamericana.

La posición asumida ahora por los Estados Unidos se aparta de ese precedente. En ella ha influído, sin duda, la serie de levantamientos militares ocurridos con posterioridad y el anuncio de que otros estaban en gestación. La incertidumbre en que durante dos meses han vivido las juntas de Venezuela y El Salvador acerca de su reconocimiento puede haber contribuído a desalentar aquellos conatos. En su declaración de 21 de diciembre, el Departamento de Estado manifestó su "preocupación creciente" por los golpes de fuerza, y expresó el deseo de efectuar "todos los esfuerzos legítimos y útiles para alentar las acciones democrticas y constitucionales", lo que "estaría fielmente de acuerdo con los compromisos y procedimientos interamericanos". La impresión producida en América por las citadas reacciones contra gobiernos civiles fué muy grande, y hubo un momento en que pudo creerse que estaba en crisis todo el sistema continental.

El problema del reconocimiento de los gobiernos de facto plantea dificultades de orden internacional que han preocupado siempre a los estadistas, sobre todo a los de este parte del mundo, donde esa forma de erigir poderes goza de tan notorio favor. El reconocimiento inmediato ofrece riesgos evidentes y puede adquirir la apariencia de una intervención en la política interna. La negación prolongada del reconocimiento, aunque los gobiernos se estabilicen y demuestren su capacidad para cumplir los compromisos externos, puede conducir a situaciones insostenibles por su efecto en los intereses comunes de uno y otro pueblo. Dos criterios se han dividido hasta hace poco en América las preferencias de autores y políticos a ese respecto: las llamadas "doctrinas" Tobar y Estrada. El diplomático ecuatoriano señor Tobar sostuvo en 1907 que los países de América debían negar "in limine" el reconocimiento de los gobiernos de fuerza. Esta tesis fué adoptada por las repúblicas centroamericanas ese mismo año e inspiró algunas actitudes de Washington durante la presidencia de Wilson. Por su parte, el canciller mexicano Don Genaro Estrada, definió en 1930 la política de su gobierno en el sentido de que "se limitaría a mantener o retirar, cuando le parezca procedente, a sus agentes diplomáticos y a continuar aceptando, también cuando le parezca procedente, a los agentes diplomáticos que las naciones respectivas tengan acreditados en México, sin calificar precipitadamente o a posteriori el derecho que tienen otras naciones para aceptar, mantener o sustituir a sus gobiernos o autoridades". Se trataba, en suma, de quitar todo alcance político al reconocimiento tácito que el mantenimiento de relaciones implica.

Se ha considerado la resolución 35 de Bogotá como una adopción continental de la doctrina Estrada, y hasta se ha pretendido darle el valor de un compromiso para aplicarla automáticamente en toda circunstancia, como lo hicieron los Estados Unidos cuando se instaló la junta militar de Lima. Los hechos posteriores han venido a introducir un cambio significativo en la interpretación de lo resuelto en 1948. Como hemos visto, el texto de Bogotá se limita a decir que "es conveniente" la continuación de relaciones y que ello no importará una opinión sobre política interna. Los gobiernos quedan en libertad de adaptar su criterio a lo que los hechos aconsejen en cada caso. Así lo han hecho en el de Venezuela. Unos reconocieron inmediatamente al gobierno revolucionario; otros lo hacen luego de dos meses de reflexión y consultas; otros continúan reservándose o han dado opiniones contrarias muy categóricas, como los de Chile y Uruguay.

Queda por tal modo establecido que la cláusula de Bogotá no es rígida, ni excluye la consulta, ni importa una garantía de impunidad internacional para cualquiera insurrección afortunada. En su nota a Venezuela, el gobierno de los Estados Unidos invoca la promesa de efectuar elecciones libres hecha por la junta militar y recuerda la Carta de la Organización de Estados Americanos en lo que respecta a la necesidad de asegurar "el efectivo ejercicio de la democracia representativa". América, en efecto, se halla voluntariamente unida hoy en un sistema de vasto alcance para su destino, que tiene por base la realidad del gobierno libre en cada uno de sus países. Esta solidaridad es inseparable del pensamiento en que debe inspirarse la conducta internacional de todos ellos.

BIBLIOGRAFIA CUBANA

El Dr. Fermín Peraza, Director de la Biblioteca Municipal de La Habana, acaba de editar el duodécimo volumen de su *Anuario Bibliográfico Cubano*, correspondiente al año de 1948.

Las fichas bibliográficas de esta publicación, sostenida sin interrupción desde 1937 por el Dr. Peraza, están redactadas conforme a las reglas más progresistas en la técnica bibliográfica y bibliotecológica, siguiendo principalmente las orientaciones de la Biblioteca Nacional de los Estados Unidos de América, la Biblioteca del Congreso, y la Asociación Americana de Bibliotecas.

Las entradas de autores se ajustan a las adoptadas por la Biblioteca del Congreso con referencias por las distintas variantes de los nombres, eliminándose del texto bibliográfico las fechas de nacimiento y muerte, que aparecen solamente en el índice analítico, arreglado por autores y materias. La clasificación y el número de orden de las fichas de la Biblioteca del Congreso, aparecen en nota, al pie de los asientos.

Como en años anteriores, el presente anuario dedica la primera parte a la bibliografía corriente: la bibliografaí cubana de 1948, ordenada por autores y materias. La primera de estas secciones incluye las fichas principales, secundarias y analíticas de cada autor; en la segunda, aparecen solamente las fichas principales. A esta primera parte le sigue un complemento de nuevos títulos correspondientes a los anuarios publicados anteriormente, de 1937 a 1947. Incluyendo todo el material anterior, aparece a continuación el Indice analítico, arreglado alfabéticamente, en forma de diccionario, por autores y materias. También reproduce, como en años anteriores, todos los comentarios publicados sobre el Anuario en el año precedente.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Una tendencia refrenable

(En *El Tiempo* de Bogotá. Noviembre 29 de 1948).

En 1912 el gobierno del Imperio Británico y algunos de sus dominios combinaron un plan migratorio para libertar a Inglaterra y Gales de un exceso de su población. Con ese objeto agentes especiales de los gobiernos interesados visitaron a Londres en busca de emigrantes posibles al Canadá y Australia. Entre las clases obreras y los numerosos desocupados de la hora el plan de emigración fué recibido con muestras de repugnancia y aun de hostilidad. "¿Por qué se empeñan en salir de nosotros a toda costa? Nos hallamos muy bien en Londres. No queremos salir de una ciudad donde nacimos y donde murieron nuestros abuelos". Algunos de los invitados a ir a vivir en las colonias dieron señales de rebeldía. "Van ustedes, les decían los agentes de emigración, a vivir en casas amplias, pulcras y decorosas, lejos de estos slums". *Slums* se llaman en Londres las calles sucias, estrechas, mal reputadas o habitadas por gente muy pobre. El emigrante por convencer replicaba, preguntando, "¿Por qué llama usted "slum" a esta calle? Yo estoy viviendo en ella". El plan de migración fracasó por completo. Los obreros en actividad o en receso rechazaban la idea de abandonar a Londres para siempre. El pensamiento de ir a vivir definitivamente en otro país desconocido, lejos de lisonjear sus esperanzas, era rechazado por su imaginación. Preferían la vida de estrechez, en lugares húmedos y mal ventilados, a la probabilidad de gozar de verdaderas comodidades en otras latitudes. La dieta de estas gentes por aquellos días era té con pan y mantequilla en el desayuno; algún caldo, papas, pan y cerveza a la hora del almuerzo; té por la tarde, con cerveza y pan. Para muchos la calidad y cantidad de alimento eran menos halagüeñas. Sin embargo, nadie quería emigrar.

El habitante de París, de Roma, de Florencia, de otras ciudades supercivilizadas tampoco se dejaba impresionar por las luminosas perspectivas de Sydney, de Toronto, de Singapur o Madagascar. Parece como si en las grandes ciudades europeas el ambiente nacional, provinciano o cosmopolita que en ellas puede encontrarse satisface la imaginación y las aspiraciones espaciales de sus habitantes. Cambiando de un barrio a otro en París o en Londres el más aventurado y aventurero de los habitantes de estas ciudades, satisface sus anhelos de desplazamiento tan naturales en todo espíritu falto de experiencia en materia de viajes.

En estas disposiciones del sér humano en aquellos países me ha hecho pensar recientemente el estado de espíritu de mis compatriotas y de algunos otros habitantes de nuestro hemisferio respecto a la emigración en la hora presente. De cada diez colombianos o argentinos de mi conocimiento nueve están o estaban dispuestos en cada momento de su vida a cambiar de horizontes, en muchos casos con la esperanza de que el cambio fuese para siempre. Un antioqueño envejecido en París solía referir con rasgos de muy buen humor que pasando a caballo por las calles de Rionegro, en viaje hacia París, dió en una esquina de la vieja ciudad colombiana con un amigo que en mangas de camisa reposaba por unos instantes de sus diarias ocupaciones. Cambiaron con natural afecto los saludos y cumplimientos de la ocasión. "¿A dónde vas?", preguntó el infante. "Voy a París", le informó el caballero, no sin agregar por cortesía: "Ven conmigo". A lo cual respondió el solicitado: "Espérame un instante, mientras me pongo la ruana".

En esta actitud ante las posibilidades de un desplazamiento temporal o definitivo se encuentra hoy gran número de los colombianos. Indiscretamente se ha hecho circular la especie, verdadera o falsa, de que las Naciones Unidas han menester seis mil empleados para plantar diversas instituciones culturales y de otro género y para conservarlas. Con motivo de los trastornos económicos y sociales planteados por la guerra y exacerbados por la paz, los gobiernos de Hispano-América y muchas instituciones docentes y de otro género han tenido necesidad de buscarse el auxilio de personas competentes para hacer estudios concretos en el exterior sobre puntos de significado urgente para la prosperidad de instituciones y propósitos de utilidad general. Casi todos los colombianos en edad de prestar servicio militar y muchas colombianas, desean tomar parte en los trabajos de las Naciones Unidas y en las investigaciones de gobiernos y academias. El anhelo es legítimo y fundamentalmente humano, pero cuando llega a la exageración puede tener origen en la ingratitud de la tierra donde el hombre dió el primer grito revelador de su inconformidad con la vida o con el ambiente.

El prurito de traslación puede nacer de las condiciones de vida o de la manera en que los más se explican la existencia. En Colombia el hombre aspira a salir de su país y si lo logra es su esperanza echar raíces perennes en otra parte. Es larga la lista de colombianos eminentes fallecidos fuera de la patria, desterrados unos voluntariamente, otros expulsados por la política de sus enemigos, otros llevados por las alternativas del destino, muchos de ellos ufanos de haber logrado trasladarse al extranjero, de donde no quisieron o no pudieron alejarse para restituír sus personas al territorio patrio. Zea, Florentino González, Uricoechea, José Triana, Rufino Cuervo, Santiago Pérez, César Conto, Pérez Triana, José Vicente Concha, Gutiérrez Ponce, Antonio José Restrepo, Juan de Dios Uribe, Olaya Herrera, Gabriel Turbay. Es frecuente encontrar fuera del país colombianos en estrechez económica, renuentes a volver a su patria a sabiendas de que al restituírse a sus antiguas y habituales frecuentaciones mejorarían de condición. Volver a la patria significa para estas personas un fracaso, el malogro de un prolongado esfuerzo y hasta una disminución en lo moral. Considerado todo esto es forzoso concluír que uno de los deberes más imperiosos de la función educativa es el afianzar el sentimiento del amor a la patria y el de hacer creer a la niñez y a la juventud cómo hay muchas cosas que aquí se pueden adquirir, muchas nociones que se pueden captar en Colombia tan fácilmente como en el extranjero, sin contar que para llegar a entender ciertas formas de vida y de relación es preciso hacer curso de ellas, especialmente en este afortunado hospedaje que nos ha tocado entre las costas del Caribe y la línea equinoccial. Los países vecinos de Colombia, Venezuela, Ecuador, Costa Rica y algunas otras repúblicas de la América Central, guardan en su seno número no exiguo de colombianos allí establecidos o con ánimo de quedarse para siempre.

A todas éstas son complicadas y no en escaso número las dificultades que nuestras leyes y reglamentos les oponen a los hombres de buena voluntad, que desde otros países quieren venir a vivir con los colombianos que aún no han pensado o no han logrado abandonar el país. Entre esta general tendencia y la actitud del gobierno frente a los inmigrantes, de que hay necesidad, no se corre un peligro de estancamiento o despoblación por el correctivo del crecimiento vegetativo garantizado por la natural fecundidad de la raza, pero puede ser causa de un aislamiento del país frente al activo movimiento de la civilización de que formamos parte.

B. SANIN CANO.